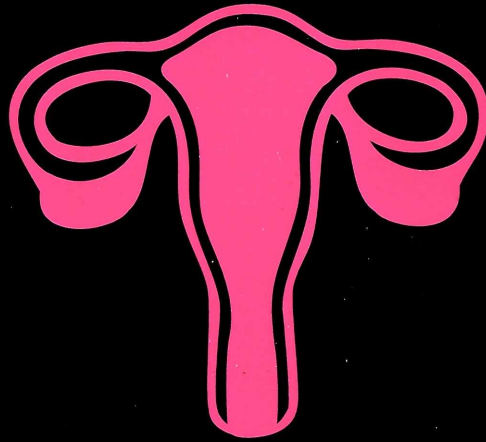


PALOMA SÁNCHEZ

FRAGMENTARIA
[.com]



cuento



Paloma Sánchez es escritora y comunicadora social. Docente de grado y posgrado en la Universidad Nacional de La Plata. Como investigadora reflexiona sobre procesos de lectura y escritura con nuevas tecnologías. Sus producciones han sido reconocidas por Abuelas de Plaza Mayo y el Ministerio de Cultura de la Nación. *Fragmentaria* es su primer libro publicado.

FRAGMENTARIA

FRAGMENTARIA

PALOMA SÁNCHEZ

Sánchez, Paloma
Fragmentaria / Paloma Sánchez . - 1a ed. - La Plata : EDULP,
2017.
100 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-4127-25-9

1. Cuentos. I. Título.
CDD A863

FRAGMENTARIA [.com]

PALOMA SÁNCHEZ



EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA (EDULP)
47 N.º 380 / La Plata B1900AJP / Buenos Aires, Argentina
+54 221 427 3992 / 427 4898
editorial@editorial.unlp.edu.ar
www.editorial.unlp.edu.ar

Edulp integra la Red de Editoriales de las Universidades Nacionales (REUN)

ISBN N.º978-987-4127-25-9

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11723

© 2017 - Edulp

Impreso en Argentina

*A Cleo,
al resto de las mujeres,
al resto.*

Agradecimientos

Tamara, Ari, Euge, Tuk, Ire, Carlos, Familias Sánchez y Linares, Facu Ábalo, Cintia Rogovsky, Ani Angelini, Ana Garbet, Mary Serra, Pablo Toledo, Santi Rodríguez, Seba Piatti, Mandy, Roco, Florencia Saintout, Toto Viviani, Fede Rodrigo, María Ibarlín, Alek, Eli, Pablo Cipolla, Veka, Martín GF, Nati Ferrante, Marcela, Rafa, Sandra Staniscia, Ro Bergé y a todos los fragmentarios que han empujado en el camino.

Índice

Red.....	17
Ovulina.....	21
Ni	23
Rayos.....	27
Pinceladas de los astros	29
Él.....	33
Carne.....	35
Lila.....	39
Tortura amarilla.....	41
De/sincronización de los días	43
Ego.....	47
La hermana.....	51
Factor sorpresa.....	53
Lluvia lava.....	55
De otros tiempos.....	57
Gargantada.....	59
Verde.....	63
Futuro	65
Embriaguez	69
Cacho de vida	73
Domingo	75
Anillándonos.....	77
Ausencia	79
Destetada.....	81
Chocolate Gris	83
Revelación en Nueva York	85
La ventana.....	87
Pasaje.....	89
Lujo.....	91
Inconclusa.....	93
Fantasy	85

Acerca del [.com]

En su forma original Fragmentaria es un libro interactivo alojado en www.fragmentaria.com. Allí los lectores tienen la posibilidad de navegar el sitio según sus intuiciones y deseos eligiendo el camino de lectura, ya que en el desarrollo de los textos se proponen hipervínculos que invitan a saltar de un contenido a otro para construir un recorrido propio. Además, pueden interactuar con recursos como videos, música, audios, animaciones, fotografías y/o imágenes que buscan complementar y potenciar los sentidos de la obra.

El sitio ha sido rediseñado en varias oportunidades y es resultado de obsesiones individuales pero también de un abrazo de arte colectivo. Los textos aquí presentados fueron publicados con anterioridad en una edición de autor.

En cualquiera de sus versiones, Fragmentaria es una nube de escritos literarios breves en donde la voz de una narradora expresa su perspectiva sobre la vida contemporánea y la sexualidad. Con ironía, esta voz femenina busca reconstruir, junto a sus lectores, la complejidad de su presente que se constituye como mucho más que la suma de fragmentos.

Sobre Fragmentaria

Fragmentaria es un recorte del inconsciente. Un salto hecho de vértigo donde Paloma Sánchez inventa con soltura una voz con la impunidad de una primera persona encendida. Este libro se ocupa del tiempo, del cuerpo y de la muerte. Pero sin grandilocuencia. En lo doméstico, en el instante, encuentra su territorio de imágenes dislocadas y su fraseo inmarcesible. Cada texto contiene y dispara al siguiente, aunque su forma no sea la línea, sino más bien el ovillo. Un ovillo eléctrico. Paloma Sánchez se libera de los géneros y cruza la ficción en esta especie de crónica de la perspectiva, donde la palabra dice y desdice su materia.

Fernanda García Lao

Tal vez devenir sea toda posibilidad ante esa imposición anacrónica y utilitaria del yo, si hasta ahora, con su Ser o no ser, fue un príncipe dinamarqués el que puso el palo en la rueda de la estabilidad, tal vez, decía, hace rato es el tiempo de las plebeyas.

Una revolución cuyas armas son las palabras y el reverso de las palabras, la reversión, el revoleo, que no el revisionismo, no es lo mismo renovado lo que vive, lo que hay es una nueva autoridad, una que no necesita. Ni títulos, ni propietarios.

Paloma Sánchez se pone ahí con las muchas otras, en esa trama que por fortuna parece cada vez más y más urdida, con enojo y con ganas de una nueva vitalidad, en la plaza pública de la reflexión y también del improprio. Textos que se enrollan y se desenrollan, Fragmentaria viene así, en pedazos (nadie ni nada ha salido ileso de esta

lucha), en impresiones como botellas lanzadas al mar de la quietud por una mano y recogidas por su par en la playa inquieta.

Despierta de un sueño, *ese maldito confesor*, libre del recuerdo, *ese enano empecinado en gritar a los ojos*, Sánchez se anima aun con terror a cerrar la puerta y saludar, como un agradecimiento de plebeya que marca el límite preciso por los servicios prestados: *Chau reina*.

Julián López

Red

¿Al final del día / vida qué logramos retener? ¿Qué quisimos registrar? ¿Qué de todo se grabó en nuestros músculos blandos? Al final, cuando caen los grises en las ciudades o los pueblos o los campos o los alambrados, hay imágenes fuerza en nuestro ser que rebotan, chocan y nos perturban para bien y para mal. La mayoría recordará una imagen congelada de algún abuelo serio y observador, un sorete con características originalísimas, algún insecto sorpresivo, un muerto, un vivo, una cogida de puta madre. Esos golpes de sentido dan la sensación de que aún nos queda tela por cortar.

A otros tantos, oscuritos, las fotografías de la memoria les provocan la certera sensación de que no hay nada más por hacer, de que todas las imágenes garrapata son abominables y que las que vendrán también serán, por lo tanto, abominables. Quién puede contrariarlos.

Habrán también algunos pocos gatos locos, afortunados, que terminarán el día con la panza llena de chispazos y el deseo repleto de satisfacción.

Seamos como seamos, estamos rebalsados de imágenes resacasas, hilos salvajes de un transcurrir: dientes manchados por el agua, golpes violentos en cuerpos pequeños, las primeras caras del hambre, taquicardias galopantes, galopes, caries, fiebres y alucinaciones, dedos de pies ajenos, herencias obligadas, deberes escolares, siestas, ¡iglesias!

Imágenes garrapata que se acuñan en entrañas viejas y recién estrenadas. Lanzamientos de soda, la panza de mamá, los gritos del vecino, el lunar aquel, los dibujos desubicados, el reto espantoso. Son los ladrillos de una actualidad maleable y fuerte. Legos que arman humanos sin saberlo, sin quererlo, que arman.

Somos imágenes enganchadas y envueltas como arrollados en las fiestas. Somos pionono de recuerdos, acciones, prácticas, deseos, quesos, garrapatas, somos. Pedazos arremolinados de seres particulares que hacen remolinos a medida y que generan nuevas medidas y nuevos medidores. Enjambre encarnado que nos exprime, nos confunde y nos hace.

Malditas obligaciones de ser algo. Algo son. Algo somos. Carne agarrada a corazones que de forma inevitable significan, acumulan, reencuadran, vuelcan. Tela de fuego y azúcar impalpable que nos esculpe, se entremima, se frota y nos da más fuego y más azúcar impalpable y nos pone a caminar como reales.

Nos constituimos de miniexplosiones de aire seco y amarillo que matan minutos de cerebro, que nos hacen perder el tiempo. ¿Qué tiempo? Realidad esbozada en un instante, que se retuerce de la risa cuando le pedimos explicaciones.

¿Dónde depositamos tantos adornos de navidad, tantas luces de carnaval, tanta suciedad de playa, tanta hamburguesa rápida, tanto culo de mujer, tanta comparación de mano y zapato de hombre?

¿Dónde ponemos tanta tecnología inalcanzable, tantos otros mundos que nunca llegaremos a conocer? Y ¿qué hacemos con los pompones de piel que se cruzan en un bar y nos nutren, nos construyen? ¿En qué bar se cruzan?

Sentimos el golpe de los acontecimientos, las formas obscenas que sólo se encuentran en los cuerpos en acción. Sufrimos el caos de los dados lanzados al aire y los textos subrayados de antemano. Nos moldeamos de capturas de algo que elegimos atrapar. ¿Para qué? Están. Agua de nuestra alma, contaminada o no, agua de nuestra experiencia.

Somos lagunas habitadas por anclas de variados universos. No sabemos con precisión el origen de la laguna ni de sus anclas y menos aún, las características de sus ataduras. ¿Cuán sujetas están? ¿A qué se amarran? ¿Por qué?

Fotos en paisajes de lagunas púrpuras, lagunas chiquitas, lagunas admirables, lagunas reflectoras, lagunas exploradoras. También somos, entonces, espejos de lagunas que anclaron en paredes inciertas. Semillas espejo que prendieron en alguna piel celulítica. ¿Todas las pieles tienen celulitis?

Seres espejos blandos, espejos que tiemblan, espejos gigantes; espejos pegajosos que ni piensan ni piensan en marcharse. Espejos encontrados en rincones que uno no sabe que existen hasta que te hablan.

Habla el sueño insólito que traspasa las barreras del recuerdo y se vuelve filosofía, física pura de las emociones y las tormentas. Habla, por supuesto, la idea huracán que nos persigue en nube errante a sol y a sombra. Desafían las sombras que nos corren hace años y que aguantan con rencor hasta que les toca el turno de salir a bailar. Gritan las enfermedades recurrentes que se vuelven un primo querido al que vemos cada tanto y lo aceptamos como es, porque es nuestro primo y lo perdonamos y lo queremos con su agresiva torpeza.

Nudos comunes entre insatisfacciones con patas: los caprichos del clima, los caprichos humanos y sus días de semana, los encuentros, los puentes. Todas jaurías que llevamos en nuestras mochilas y que nunca se irán. Todas ahí como un gran cóctel de nosotros mismos. Todas nubecitas que nos reconstruyen en sus detalles. Fotografías de lo que somos por lo que fuimos. Fotografías de un presente que no es regalado ni pasajero ni pajero ni parejo.

Pero hay algo sustancial en la pólvora volada de lo que fuimos: la materialidad de los gajos de nuestra experiencia, de nuestro registro. La carne que da sentido, que construye, que perfuma. Pero, ¿de verdad olemos nuestros días /vidas?

El peso del recuerdo: consistencia arraigadora que ata y que une y que otorga.

Somos red de pedazos, bola de fragmentos volando en un paraíso a medida.

Ovulina

Cae mi mundo y lo escucho crujir contra ningún piso. De repente se hace no-mundo, se hace pregunta, abstracción, llueve nebulosa gris. Se rompen las ideas y mutan a preguntas y las preguntas, a cuestionamientos y lo rosa, a rojo y de rojo a gris. Ni siquiera negro. Gris inestable, pudoroso, obsecuente, cagón. Gris con sangre escondida vaya a saber uno de qué. Gris opaco y amargo con gula incontrolable y arrolladora. Gris agresión incontrolable que fuma solo en un rincón. Gris amor no hay para nadie, que rosa qué. Gris que soledad tan impermeable, tan impalpable, tan sucia y desfachatada soledad.

Brota el egoísmo como las galletas en las meriendas de familias bien. Egoísmo del más puro y caro. Todo se vuelve punto rojo y el ego se ahoga, se ahorca, se pega un tiro. Todo es asfixia o asfixiadores, apunten, disparen, protectores.

Segrega y no puedo contenerme. Palpita el abdomen que libera el torrente y catapulta mi centro. Me fortalezco desarmándome y se vuelven débiles mis fortalezas. Soy una arruga en el universo, toda la tensión concentrada en un pliegue.

El aire se mueve en bloques que presionan la cabeza. Laten mis pelos convertidos en armas y grito por los que no conozco. El sacro se

quiebra de dolor. Dolor caluroso y profundo y pesado. Todo es sueño sin sueño, fiaca amordazada y culposa.

Y cae mi mundo y rebota. Y se tensa el cordón y me duele. Y recuerdo los huevos que no son y recuerdo lo que es y nada quiero que sea nada. Todo es nada, no hay nada que pensar al fin del día. Sólo nebulosa gris que dificulta la respiración. Sólo contaminación en colectivos y masas tristes de desocupados tristes o de ocupados mal pagos. Sólo gris del grande y desolación abstracta e imparable.

Se tensa el cordón y les duele. Esa soy yo. La del cordón tenso. Lo lamento compañeros, ahí me tienen. Esa es mi mujer revolcada en sí misma. Esa es la verdadera mujer fértil a punto de explotar. Esta ebullición permanente es cíclica. Bienvenidos al tren con grises incluidos. Bienvenidos a navegar hechizos ancestrales y respuestas poco amoldadas a las circunstancias. Bienvenidos al olor impregnante de la femineidad. Bienvenidos a los colores disimulados que quieren desviar. Bienvenidos a las cogidas descartadas de antemano por tantos grises hurgueteando en mi placard.

Cae mi mundo y se tensa el cordón. Vuelve soledad, vuelve nebulosa, asfixia el polvo gris. Sube la desolación y me lame y me unta mi propio mundo, así, desarmadito en jugo rojo, que junto con lo que puedo. Y lo tiro. Y me tiro a retorcerme de gris y a avisar que no se acerquen demasiado porque no ando de ánimo.

Ay, mundo desarmado de nadas. Ay, mundo rojo rebotante. Ay, mujer, qué ímpetu por hacerte notar. Ay, mujer, qué asquerosa sos. Vos y tus intenciones de aislamiento y poderío. Vos y tus suciedades. Ay, mujer, te volvés ropa usada y pelo sucio. Tu piel rosa se vuelve gris y no te parecés a ninguna muñeca. Ay, mujer, ya no sos vos, sos mujer.

Ni

Malditas aguavivas aplastadas que deambulan por la calle sin sabor ni color. Visten con ropa conservadora y a la moda sus cuerpos deformados por la inacción. Caminan lentamente y se camuflan con la masa sin jugarse jamás por nada, porque no saben que existen los juegos. Y menos que menos entienden de jugar a vivir. Sus escasos movimientos son impulsados por la conveniencia y las normas, armaduras de las cuales no saldrán jamás. Pueden pertenecer a un grupo, sí, pero sólo porque el arroyo podrido de sus estúpidas existencias los acorraló en una esquina y los convidó de casualidad con oportunidades. Pueden amar, sí, pero sólo a otros ni.

Ni forros, ni cagones, ni vergonzosos, ni músicos, ni atletas, ni tetas. Todo los conforma mientras no los movilice ni les exija. Avestruces ocultos siempre, no prometen para nunca fallar. Corazones tibios capaces de comer pizza sin salsa y de ir de vacaciones siempre al mismo lugar. Los ni se alimentan de hallazgos recomendados por otros. Ni disfrutan, ni la pasan mal. No tienen ambiciones personales, sólo ajenas.

No son tacaños ni gastadores. Hacen lo que la manada indica y creen en la objetividad.

Los ni nunca cuestionan, ni improvisan ni se destacan. No tienen gustos musicales, la ocasión les viene bien. Sus amigos son los mismos de toda la vida. La joda es el fútbol una vez a la semana o el paseo por el shopping aunque no compren nada. Los vicios ni rozan a los ni, el riesgo no juega en sus vidas. Pueden fumar unos pocos cigarrillos y rara vez se emborrachan pero cuando lo hacen, vuelcan.

Su vida es una farsa de vida. Los ni pueden bailar pero no se divierten. Usan traje si el trabajo se los pide. Sus bellezas son insulsas, lavadas. Tienen hijos, como Dios manda, mejor si es la parejita. Temen malcriar a sus hijos y por eso les niegan sus brazos y por eso son los pendejos más malcriados.

Ni putas ni putos ni intelectuales ni transgresores ni salvajes. Ni revolución ni libertad. Ni penitencia ni renuncia. Ni lágrimas de pelo y ni un pelo de lágrimas. Ni porro ni malestar estomacal ni acidez. Ni pelucas ni primaveras, ni sexo orgásmico ni sexo gástrico. Nada de aceitunas ni pinos ni diarreas nerviosas. Ni saberes ni circunstancias. Ni tiburones en las playas ni playas donde temer. Ni países ni encrucijadas. Ni principios ni principiantes. Sin postre y sin carretera. Ni autostopistas donde cabalgar. Ni coches que patear. Ni gomas ni tetas que inflar. Ni vientres que llenar, ni leche que tomar ni que tragar ni que escupir. Ni juegos que pensar ni infladores para bucear. Ni vocecitas llamando ni llamadas que atender. Ni gorriones ni águilas. Ni deseos ni frutillas escondidas. Ni pensar en cables y menos que menos en cables pelados. Ni comunicaciones importantes ni comunicaciones a secas. Ni secos ni mojados. Ni mojadas ni orejas mojadas, ni ojos mojados ni ojos morados. Nada de nada atascada en la nada del ni ser.

Ni ser feliz, ni aprendiz, ni qué decir. Barriletes claro que sí, todo es viento y corriente y masa en el mundo ni. Todo es altibajo sin bajarse ni subirse para no herir las estabilidades. Perdón, la estabilidad. Querida y amada seguridad de la nada. No sos ni almohada, ni ventana, ni pelo, ni pezuña ni escalera ni serpiente. Sos hongo muriendo, gusano pisado, huevo roto, torta quemada, dedo mutilado, colchón desvenecijado, edulcorante, pechuga limpia. Ni siquiera la nada, ni. La nada pesa, pesa hondo, cala dentro de las entrañas y hace llorar y extrañar lo que no existe. De eso no sabés, ni. Sólo sabés pisar suavemente una

cabeza si la vida te la ofrece y elegir un can de raza para amarlo más que a tu hijo. Saludar a tu mujer como si fueras un hombre de ley y estuvieras casado y siguieras todas las leyes saludables de la sociedad. O casarte con un buen hombre que te hace cornuda y trabaja sin vivir para comprar un auto y una casa con un perro de marca y un par de hijos. Y la sociedad es un invento ni. La inventaste tibiamente en tus paredes y no te sirve para nada. Y la felicidad no se prueba: se devora y se traspasa. Pero de eso no sabés, qué vas a saber si usás chombas y camisas y pantalones de vestir.

Nada, ni, nada te suena conocido porque nada esperarás. Tus aspiraciones son comunes. Tus deseos se subsumen a tus deberes. Y tus deseos vividos son pura culpa y enfermedad. Y miedo a la muerte, claro. Porque se te va la vida y no has vivido la nada. Sólo has vivido sin extirpar el jugo de los días. Sin sentir el golpe del viento en la nuca, el latir del ojo y la transgresión, la transformación, el poder del verdadero deseo, el deseo rector. Se te va la vida y ni fuerza para correrla. Sólo le tenés miedo. La vida te da miedo y sos pura mierda derretida que se escurre sin ser. Mierda ni. Pura mierda líquida que ni. Los días se te van y la muerte te persigue de cerca, en la sombra, en la pasta de dientes. En los ojos de tu perro, en el llanto insoportable de tu hijo. La muerte se anuncia porque la buscás, le temés. Aunque no te lo merezcas alguien te cuida, la muerte te convida. No es no vivir ni vivir. Es ni. Ni tierno ni pegajoso. Ni pelusa ni escorpión. Ni no, ni sí. Ni y muerte. Muerte a los ni.

Rayos al amanecer

Desperté sabiendo que todo lo que me gusta no me gusta. Es decir, que lo que me gusta, no me gusta de por sí. Mi gusto es por nodos de lazos disparados con el correr del transcurrir. Es decir, todo lo que me gusta es muchas cosas encontradas que me atraen en su suma. ¿Podrían haberse encontrado en otros puntos? Podrían. ¿Existe, al fin, el punto? ¿Somos, entonces, lluvia de rayos a punto de ser otros?

Es decir que amanecí sabiendo, por ejemplo, que todos los hombres el hombre. Es decir, que todos los rasgos, un ser. Entonces los hombres que me han gustado no me han gustado. Me han gustado pinceladas, pelos, marcas, colores de ellos, en esta vida y en otras. Da la casualidad de que un gran número de aspectos coinciden en un cuerpo y me quedo con el cuerpo pensando que es un hombre. Pero no es un hombre sino un conjunto de deseos construidos ancestralmente por mí y por mis madres y por mis padres y hermanos y amigos y mascotas.

Entonces no es Él, son las tetillas, las manos fuertes pero delicadas, la delgadez, los adornados ojos, la inquietud, las raíces en mi raíz, la forma de agarrar el cigarrillo, la timidez en la risa, los chistes crónicos y rebosantes. El desentendimiento, la espalda doblada que oculta y

que carga, la dedicación exclusiva al interés, el gusto por mí, la manera de leerme y de penetrar; la mirada siempre en el horizonte, un interrogante en el pecho, la acariciada autoatención, la capacidad de manejo, la tierna crueldad, el beso especial.

Son los hermanos, la limpieza, el hambre de huida, el encanto del habla y el secreto del silencio. El olor de los pelos y el brillo del encantamiento. La ambición sin fortuna y la afortunada ambición con la que nacen unos pocos. El arma de conocer al enemigo y de radiografiar el objetivo. La capacidad de respuesta a las respuestas. La agilidad en los juegos de azar, el liderazgo sutil, la brújula oculta de la manada.

Son las marcas de los padres y abuelos y las meriendas humildes en los barrios. El peronismo que se lleva en la sangre aunque no se sepa. La ingenuidad portadora de causas nobles. El perfil de salmoncito en crecimiento sostenido. La credulidad en la noche y el cariño a la tradición. El permiso para la crítica cotidiana a los estúpidos órdenes que supimos conseguir. La natural prolijidad. La burla contra mis planes, la boca rayo sonriendo áspera ante mis sueños.

Pinceladas de los astros

Fue regalo del azar la cadena de casualidades que hicieron que nuestros padres se conocieran en algún círculo extraterrestre. Los pasados hicieron presente y un día los colectivos largos me llevaron hasta Mariví, que con las estrellas abanica su cara de eternidad fresca y teje los tiempos y las energías con delicado estudio. Ella sonrió y curioseó, y dijo que:

La niña vieja que ya vino envasada. La niña ida que sólo supo vivir feliz aunque. La niña que tuvo hermanos y sin embargo ellos. Sin embargo los recuerdos se esconden y no se saludan en las mesas familiares; cada cabecita un riel a explorar.
Mujer hombre mujer que no sabe vivir en conflicto y que de-sayuna optimismo todas las mañanas. Pero también. Mujer de primitivo equilibrio que nació herido de muerte por la mujer salvaje que también es, y que necesita morir para ser la otra.
Mujer que sólo sabe empujar y sonreír. Mujer que carga su mochila de fantasías y las dispara según la ocasión. Mujer que se guarda para ser una nueva cada vez.

Mujer que escupe palabras pero conoce su valor y su perdón. Y su piedad. Verborrágica con pies de algodón, con la potencia de mil enanos peleando por crecer. Las letras, un tren al más allá; si es letra existe y si existe, puede ser mejor: lema que rige sus días sin importar cuántas horas de terapia haya tirado. Mercurio fuego en los dedos, luz en las yemas, puentes al blanco de la creación inicial. Mercurio militando para que todo sea dicho y la muerte no se pudra en un rincón. Mercurio celoso cuidador de la furia escorpiana que debe fluir en el mar de los días. Mercurio con la mano alzada para la revolución violeta y con poder, siempre sediento de humildad.

Mujer que jamás se deja atrapar. Mujer que camina con su sol aunque el clima apeste, maullando porque no conoce otra forma de andar. Mujer que mira el mundo con ojos de chupetines y se cuida de no ser asesinada.

Mujer animal gaseosa que se solidifica para colar. Que tiene que pasar la espumadera para que no la absorban. Que conviene la selección para no ser esponja de charcos estancos. Con agua rellena las ausencias y las angustias, y las olas de su camino se vuelven partituras en las calles desiertas, lagos que se chocan y se recomponen en pequeñas esculturas. Y la escultura se vuelve cordón y se desenrosca y se estira y se completa con fineza y precisión. El ovillo de oro se entrega y se abre a su transcurrir.

La versión gris de Campanita. De aire y huesos y con problemas respiratorios de nacimiento. En plena desobstrucción de arte y adenoides. Pies de viento y metas voladas. Con el sol lanzado a la vorágine de la acción. Pálpito de poder y servicio social. Explosión de globos rojos en la ciudad.

¡Ay, Campanita! en eterno diminutivo. Tu vejez está fresca una vez más. Te parecés a todas las mujeres y ellas son más. Cuidado con los hombres voraces. Bajá a tu selectiva Casa. La Red te protege de la soberbia y de las dudas. Sabés qué voz escuchar. Ay, Campanita, volá y bajá. Abajo está la comezón que te impulsa. ¿Con quiénes vas a estar? ¿Adónde querés llegar?

Mujer capullo, mujer encerrada y encerradora, mujer en conserva, mujer salvaje, mujer Campanita, mujer que se disuelve en ceniza y vuelve a arrancar sin más.

No hay otro horizonte que pueda ser recorrido. A la tierra el agua y del fruto al manjar y del agua del manjar a la tierra y a la tierra el agua y del fruto al manjar. No hay mar sin tierra ni tierra sin mar. El ciclo es vital y natural y otra vez capullo y otra vez ceniza desintegrada y otra vez allá vamos brote en tierra opaca, desperezo de frutos y flores, retrospección y músculos caídos. El tercer ojo se fija en el recorrido circular y se agota de la historia y en lo que aún falta recorrer. Tantos círculos encapsulados, arrastrados y purificados. Tanto esfuerzo en una hamaca de ritmo eterno. Muerte y a la vuelta, todo de vuelta.

Él

Él gallo que esquiva soplos de silencio, él que devuelve motores con los ojos, él encantador de serpientes y hadas madrinas, él mirada de menta y trapo de abrazos. Él luciérnaga de ciudad recorrida.

Él que se monta a la suerte una vez por mes. Él para no aburrirse; no aburrirse de vivir sin suerte y no cansarse de montársela. Él que se inventa cada día una montaña rusa para escapar al puerco dictamen del tiempo social.

Él impulso arrepentido, él rey de la luz prendida, él autodidacta acérrimo, él de asuntos resueltos para ayer, él ajedrecista de cuatro jugadas, él padre sin fin y con pausas; él terrorista de las burocracias, él generoso desvergonzado, él anarquista cotidiano, él que se jacta de sus huevos de oro.

Pobre él al que le pido más y más, menos cresta y más amanecer, más charla y menos teorías, más miradas y más halagos, menos coqueteo y más seducción, más calor en los ojos y menos entrega en los brazos, menos prejuicio y más selección.

Más regularidad y menos aburrimiento, más fidelidad, menos vértigo, más apuestas, más ganancias, menos llanto al perder; más adap-

tación, más camaleón, nunca tiburón, menos común, más familiar, menos tradicional.

Más razón, menos miedo, menos rencor, menos venganza, más estrategias, más sencillez, menos voracidad, menos ambición, menos inquietud, más respeto, más rock, menos ego.

Más sexo, más atención, más cuidado, más regalos, más planes, menos puteadas, más paciencia, más orden, menos cosas, más cariño, más mimos, más éxito, menos alcohol, más alcohol, menos chicas, menos celos, más vida, menos padre, más shopping, más alcancía, más tecnología, menos animales, más ritmo, menos ansiedad, menos ansiedad, menos contracturas, más dedicación, menos tecnología, más entendimiento, más consideración, más reglas, menos sistema, más, menos, más, menos, más y más.

Carne De Mi Carne

Alegría y precipicio. Todo incertidumbre. Lágrimas nerviosas. Incertidumbre. Incertidumbre. Y un día me diste poder en las entrañas y fui salvaje y combativa. Y me cagué en los médicos y les hice preguntas que a todos les molestaron. Cómo molestan las preguntas a los médicos.

Y después de mil mujeres-botiquín llegamos a la bruja vieja que no nos subestimó. Y me preguntó cómo andaba y lloré cada consulta con religiosidad. Y tragaba libros en vez de pastillas. Y las hojas calmaban mi necesidad de apagar el miedo. Y la tranquilidad de la bruja tranquilizaba mientras las patadas-caricia de la Carne De Mi Carne mostraban sus gustos y me empujaban a la búsqueda.

Fui bola vibrante, gigante, con calma y hormigas y comidas cuidadas para la ocasión. Todo fue preparación. Los días eran casa nueva y decorados de futuro. Pintura, arreglos, ropa, cremas, cursilería, ansiedad y pesadez. Qué dinámica pesadez.

Estaba Él, mi madre, la hermana, la familia, los amigos. Pero la angustia era más poderosa e insobornable y se escapaba a cada rato a saludar. Y sin alcohol ni cigarrillos. ¿Cómo combatir la angustia, tan

solitaria y tan acompañada? Y la culpa de la culpa de la angustia. Que la Carne De Mi Carne todo lo absorbe. Y que también lo bueno, joder.

Y los meses pasaron como una tormenta desafiante. La fecha llegó con té, flores y energía concentrada. La música saludó en cada hueco, la vela de naranja desparramó su olor y el trance llevó a mis pies agrandados hacia otra dimensión.

El miedo de la Carne De Mi Carne bañándome las piernas y yo sin explicación y con asombro. Mi cabeza indicaba calma a su cabeza asustada. Yo: toda armonía y paciencia y redondez serena. Ella: toda chispa y piernas convulsionadas. Dinámico vaivén. Riesgo en el equilibrio.

Su carne rodando, golpeando, sacudiéndose. Yo caminando en otro plano. Los pasos al ritmo de la música primitiva, salvaje, combativa. Su carne haciéndose lugar entre mi carne. Su carne y mi río pujando vida. Su vida mi vida. La bañera llena, el baño lleno, la perra afuera, la jugada entera.

Él fumando. Él a mi lado y lejano. Él, tal vez, más cerca de la Carne De Nuestra Carne. Él hablando por teléfono. Yo pidiendo su agua. Yo caminando. Sus manos en mi pelo. Los ojos de la bruja en mis ojos. La escucha de la bruja en mis pausas. La carne galopando. Los corazones galopando.

Otra vez la incertidumbre que saludaba. Pausas. Silencios. Inexperiencia en la gran experiencia. Pero certeza en la bañera. Frío también, en la bañera. Y contracciones. Poderosas contracciones que regaron los seres.

Galopes en un baño grande disfrazado de blanco con música de fondo ya no siendo música sino siendo ruido con voces de cuasi desconocidos y mi propia carne por nacer y mi propia carne transformándose para que eso sucediera. Fuertes contracciones en el frente. Todo bullicio y yo sumergida en el silencio de la espera. Todo voces y ojos desencajados. Todos temor menos yo. Todos nervios y yo adentro. Adentro de mi adentro. Ella en el adentro de mi adentro. Parto y encuentro.

Mi piel tocando el agua demasiado fría de la bañera y mis piernas tensas abriéndose a la fuerza. Todo ruido y nada. Todo contracción fuerte y pulsión y pulso, y nada. Y en un instante la voz de la bruja. Sus

ojos atentos y su voz ronca de fumadora diciéndome que sólo la escuche a ella. Que me entregue más. Me entrego a ella. Me entrego a la Carne De Mi Carne que tiene que salir de mi cuerpo. Pujo y rayo. Rayo en el aire que perfora mi cabeza. Rayo en mis piernas que corta mi carne. Rayo que cae e invade y empuja. Rayo que abre y que entrega y que sale. Rayo en el aire. Rayo en la carne. Rayo en la cabeza, rayo en la entrepierna. Presión en las cabezas. Y por fin, el peso de la energía y el llanto de vivir. Y mi llanto por la vida. Y el nombre que nombra por primera vez en ese instante y nuestra privacidad implacable, impagable y los rayos abrazándonos y siendo calor en tanto frío.

Y el instante detenido en nuestro universo fragmentario. Y el instante que muta a recuerdo tatuaje, a recuerdo sagrado de comunión y nueva vida en nuevas vidas.

La vida. Mi bebé, Carne De Mi Carne, mi pequeña gran gloria. Toda mía en ese instante inolvidable. Tu llanto mi alegría. Tu tibieza mi frazada. Tu cuerpito pidiendo abrigo y abrazos. Solas las dos siendo una por última vez.

Energía arrolladora transformada en cuerpo, contención, pasión hecha carne. Carne De Mi Carne. Carne De Nuestra Carne.

Y hoy. Los días pasan sin ser lo mismo. Es tan mi mí. Tan su Él. Tan ego, tan tormenta, tan prejuicio desvergonzado, tan empoderada que ni me animo a nombrarla. Tan perfecta sorpresa y golondrina. Tan carisma desparramado en la vereda. Tan pétalo de sal, tan purpúreo aletear. Se estira la Carne De Mi Carne. Se estira, sin cláusulas y con abismos. El cielo la estira porque la extraña. Su carne se vuelve chicle y aventura, mira para arriba, se estira como un ñandú y la golpea la vergüenza y ahí está, tímida como si aún no hubiese nacido.

Y también es tan viento eléctrico, tan decisión que ni lo piensa, tan decisión que ni pensamos en contradecirla, tan decisión que ya está tomada. Tan objetivos que ya se cumplen. Tan nosotros en nuestro apunten, disparen, conseguido y ahora con qué seguimos. Ay, Carne De Nuestra Carne, cómo intentar que no padezcas nuestros humores, nuestros pesares, nuestros ascensores.

Todas las puertas abiertas para vos, abiertas las puertas de todo. Todo me das en tus días que tanto exigen. Todo me da tu exigencia,

gajo de mi exigencia. Tus ojos puertas de luz al aprendizaje. Tus ojos puertas de luz a la seducción de los días. Tus puertas de luz oportunidades para ser existencia sin tanta exigencia.

Cuáles son las puertas que nos separan de la panza al ombligo. De tu ombligo a mi ombligo. De tu carne a mi carne. En cuántos cielos nos visitamos antes. Cuántos cielos recorreremos juntas.

Lîla*

Soy orgullo al encontrarte y pronunciarte y enaltecerte aunque no tenga certezas sobre tu origen. Tus vertientes son infinitas y milenarias aunque me quede corta. Soy corta. Los estímulos que te activan superan las especulaciones del mazo.

Tu regalo es nunca dejarme a solas con las puntas de las lenguas. Sos la posibilidad del vómito al alcance de la mano, sin tapujo ni perdón. Con tu poder el tiempo se vuelve un personaje inventado para un actor secundario. Ofrecés paz momentánea para construir una tregua en el trajín diario. Diario que no diario.

Das miedo y comezón y dedos galopados que por suerte no puedo contener. Gel de purpurina que me unta aunque no quiera y rebota y rebota y rebota e insiste hasta que cedo. Cuando pretendo domarte la bóveda te hace crecer, te pelea, te juega y en un descuido trepás, me atrapás, me poseés, me reducís. Sos dulce e impiadosa caricatura de adicción. Cada vez que no te entrego todo, me catapultás a la angustia más cristalina.

** La palabra sánscrita Lila significa juego, diversión y creación. También es una manera de nombrar toda la realidad, incluyendo el cosmos, como resultado de una obra creativa.*

Sé que vamos enlazadas por el camino acertado. No veo otro camino. Y mi único capricho es abrazarte y fundirnos y sentirnos una. Es por eso que mis dedos corren aunque no tengan esperanzas por ahora. Arrastro mis piernas porque a veces te huelo y viajo a un paraíso de activa tranquilidad. Te toco y acaricio el más allá del más acá. Te vibro y soy el impulso de gritar más atinado.

Bendigo el manar a borbotones de aguas afiebradas que escalan y se pisan por concretar. Orgasmo de arco iris, gracias por dejarte fluir por mi carne y repensarme más allá de ella y en ella más que nunca.

Sos pura creación y pura lucha y pura mutación afrodisíaca. Fiel frutilla de madrugadas.

Noche de la noche, misterio de los yoes, recambio de soles.

Incondicional amante eterna: me regodeo pensando que nunca te alcanzaré. Descubro que te sigo para recordar. Resisto un transitar sin huella aunque más no sea para aterrizar en el azaroso barro de las papeleras. Deshidrato mis días en textos para intensificar su sabor y extender los aromas del escurridizo recuerdo.

Tejo caminos al cerebro, a la sangre, a la experiencia. Marco los laberintos de la corteza y ordeno los hábitos en capítulos errantes. Diseño mapas con momentos y mambos para que algún día sean puentes que faciliten mi vuelta a mí. Que el miedo a la muerte y el hambre del ego sean condenados por tan obstinada idea.

Tortura amarilla

El fuego quema el sexo y todo es inquietud, impulso hacia baño, piernas apretadas, tensión hasta las muelas, fuego en el vientre, la panza que revienta, el globo lleno de fantasía. El líquido que genera mi cuerpo se convierte en veneno de alta calidad y me obliga a la interrupción permanente, al aislamiento, a la huida, a la demora, la incomodidad, al ahora vengo, al aguantá que voy al baño.

Lo peor: la pesadilla del sueño, que cuesta arrancar sin ganas de arrancarme la vejiga antes. Los nervios. Los putos nervios. Si ese es el criterio, soy una nerviosa incurable. No tengo sangre. Orina corre por mi cerebro. Desde las uñas de los pies hasta las raíces de los dientes, sólo pis. El inocente y endiablado pis.

No es el mate ni la cerveza ni el vino ni la gaseosa. No es la tristeza ni la indisposición. No es el trabajo ni el ocio. Es un cortocircuito en un cuerpo joven y dejado que carcome los días y retumba en mi cabeza crispada. Y meada mi cabeza. Meada.

Nadie se apiada de mí. Algunos se ríen y lo naturalizan. Les regalo mi tortura amarilla un rato y después me cuentan. No hay ni un doctor que entienda qué carajo es. Ya es un hobby visitarlos, siempre con esperanzas y con las mejores recomendaciones. En todos ellos confío,

lo juro y, por supuesto, no alcanza. Su medicina: treinta recetas con medicamentos y análisis que no sirven ni develan nada. Sus diagnósticos: es crónico, no es, es una enfermedad mayor, no es, es un “mal hábito inconsciente”, no es. Tomate esta pastilla y después me contás. Uh, no funcionó, qué macana. Cara de cosa grave pero no saben qué es. Que no aguante. Que si era de aguantar. Que si sufrí abusos. Que cuántas veces voy. Que puede curarse. Que me haga tal estudio. Que no es invasivo. Que sólo hombres con un cable en la concha. Que no tenés nada. Que es ginecológico. Que no. Que es nervioso. Que no.

Me levanto con la pelvis a punto de estallar. Presiona el pis guacho como si fuera lo único que tengo. Presiona como un hijo único a sus padres. Y casi es dolor tanta presión. Pero no duele en la panza. Duele en los dientes que se aprietan conteniendo y en el cerebro que no logra callar un ruido molesto. Y sale por fin el hijo de puta, sale con brillo, como el rey al final de un cuento, pero el cuento nunca se termina y el rey siempre se burla de mi atención.

Desayuno y Pis. Visto a la Carne De Mi Carne. Pis. Despierto a Él. Pis. Me arreglo, pis. Nos estamos por ir. Pis. Se suben al auto, pis. Llego al trabajo, saludo con las piernas fruncidas y me zambullo en el baño en el ritual del día. Pido la comida, hago pis mientras la espero, almuerzo. Pis después de comer. Un rato de compu y ya tengo ganas de vuelta, aguanto, hago mate, pis. Tomo mate, pis. Hablo, pis. Cocina de la oficina, pis. Trabajo y aguanto. Ya es la hora de irme: pis final. Agarro las cosas, pis de nuevo porque el viaje es largo. Llego a casa. Pis. Mate, pis. Juego, pis. La Carne De Mi Carne hace pis. Yo detrás de ella. Que a dormir. Esperá que hago pis. Pastillas para el pis. Que no hacen nada. Que dormimos, que me estalla la vejiga. Que Él quiere coger, que esperá que tengo ganas de hacer pis. Cogemos, nos limpiamos, pis. Pis. Pis. Pis. Me duermo. Me despierto tortuosamente incómoda. Pis. Tomo otras pastillas que no hacen nada. Pis, pis. Gotas de agonía. Tortura primitiva. Y al fin, por fin, me duermo. Sólo hasta el próximo fuego.

De/sincronización de los días

Hay días en que cada pelo está donde debe y el pis cae de un solo chorro dentro del inodoro. No busco la ropa, aparece latiendo en el ropero como si la hubiera pensado la noche anterior. El par de medias está unido en un prolijo bollo y el mejor conjunto espera limpio y seco en el cajón. Termina de calentarse la taza de café y justo están listas las tostadas. Durante los días sincronizados los chicos no lloran de más y hasta duermen de corrido. La Carne De Mi Carne se despierta como un osito cariñoso y manso y me recuerda lo mejor de la vida. Le gusta la ropa que le propongo y la pilcha se desliza en su cuerpito sin ninguna retranca. Al rato Él se despierta relativamente temprano y me toca el culo con cariño y me hace feliz. Toda la armonía del planeta se combina para que el desayuno sea un concierto de dicha. Los choferes de los colectivos parecen llamarse por teléfono para coordinar los recorridos: bajo de uno, entro a otro, nada de esperas frías ni de monedas faltantes. Todo coincide con el cronómetro ideal. El trabajo es un placer fresco y desafiante sin asfixia. Hasta puedo recibir un halago que no decaiga en vulgaridad. La sincronización se mete en las venas y sólo vivo el cansancio de conocer las mañanas del otro desde una filosofía zen: de todos tenemos algo que aprender, a no inventarse el

estrés. Encuentro las llaves segundos antes de estar frente a la puerta de casa. En los días sincronizados no hay que pensar qué hacer de comer, las sobras de la heladera indican la combinación correcta para que los compañeros de habitáculo se regocijen con el original menú. El celular tiene toda la pilita completa. La rutina fluye con la única salvedad de que todo sale demasiado bien, y da que sospechar.

Y hay días tormentosos en los que se cruzan los cables del universo. Se cruzan y decaemos, como diría el Gran Julio, en la ruinosa desincronización. La Carne De Mi Carne se despierta con el mellizo de géminis cruzado y todo es lamento y capricho. Si está frío quiere pollera y si hace calor, un buzo. Son los días en que no podemos atender a nadie y como una regla de tres simple, la demanda se duplica. Parece que la gente huele mis ganas de mandar todo a la mierda. Las catástrofes cotidianas pueden comenzar con un mate cocido que se vuelca y ya me tengo que poner a limpiar el enchastre antes de haber podido sacarme las lagañas. Voy a lavarme las manos para sacarme el pegote y el jabón está convertido en un osito de peluche: Él se afeitó y dejó sus pelos que, por supuesto, no vio. Entonces, la condena: a despellejar el jabón. Los días desprolijos existen, no cabe discusión. El remis no llega y hay que re-llamarlo. El colectivo se va en mi nariz y yo en la vereda de enfrente con el semáforo en rojo, que se ríe de mi histeria. Me quedo sin monedas y cuando voy al kiosco a comprar algo completan con caramelos porque no tienen cambio. Cuando la desincronización reina hay un clima turbio en la ciudad que envuelve y hace preguntarnos demasiado. Si hay una manifestación o un choque se interponen en el camino y me retraso todavía más. No puedo relajarme porque estoy llegando tarde y el jefe ya debe estar en la maldita oficina. No puedo relajarme y me meo. Aguanto, aguanto y cuando voy al baño mi pis se divide en por lo menos tres chorros. A la sagrada hora de almorzar el jefe quiere que trabajes y no alcanza el tiempo para barajar las tareas que te encargan.

Sin mapas para mezclar sobras, la buena noticia del día cruzado es habitar la cama; pasamos la odisea, vencimos el desafío de hasta dónde de la paciencia. El paraíso es el colchón, al que por supuesto llegamos mucho más tarde que lo habitual porque todo se retrasó, la Carne De

Nuestra Carne duerme y ya parece que ningún diablo puede reírse de nosotros. Ahí estamos, en la plenitud del ingreso al fantástico mundo del sueño, en la puerta, y una pequeña molestia me despabila, la maldita vejiga que recuerda su existencia y voy al baño, y los tres chorros de pis arden al salir y no puede ser una cistitis para coronar.

Entonces parece que la pesadilla se estira como chicle usado de-
rretido y la tormenta no termina más. Al final todo parece ser una
cuestión de pis y dolor y mal humor y cansancio ante la obstinación
del universo. Sólo resta pensar en que mañana los astros se acomodarán y volveremos a la sincronidad y al pis de un solo chorro y a los días más cortos pero felices.

Ego

Me recorro y te encuentro, ahí callado, en un recoveco, riéndote sarcástico de todo el mundo. Ay, eguito. Si pudiera domesticarte. Si pudiera barrerte debajo de la alfombra que no tengo, si pudiera descartarte bajo la ducha. Si pudiera apalearte con una escoba y desinfectarte con Lysoform. Si pudiera. Ay, eguito. Qué insistente en rebotar en peloteros, en salir corriendo de las calesitas, en buscar la noche para brotar, qué enano agrandado. Qué tumor simpático, qué caquita de madrugada, qué banana en pijama.

Años en sociedad para apaciguarte y acá estás, insolente como cuando me perseguías trepando un árbol. Ay, eguito, qué podremos hacer juntos. Un poco te amo y me cuesta generar planes eficientes para revocar tu mandato. Un poco que me gusta que domines el camino.

He aprendido a ceder ante tu poder perseverante. He aprendido el placer de dejar de luchar y lo que es peor, he conocido la satisfacción de alimentar con fuego tus construcciones ambiciosas. He estallado al acercarme a tus vicios, siempre presentes en la omnipotencia cotidiana de no poder ser todo. De no poder hacer todo.

Ay monstruito fucsia y negro. Qué voy a hacer con vos. Trato de implementar una domesticación salvaje tapándote con el plumón

y dándote golosinas cada tanto pero, aunque mis intenciones son otras, sólo te saco brillo y hago que engordes. Será una manera de sobrevivir, de tirar el ancla en este pueblo quemado, en este mapa amarillento que habitamos.

Cuando te monto, ego, siempre pensando en el futuro, y te navego y me reparto en vos, me potencio y me elevo y me elevan y todo es puro goce y placer inagotable, nutrición de mí y de mis soles. Ego, ¿sos vos esa fiera ingobernable que trepa y se enfurece como un dragón de aire fogoso que enaltece y consume a la vez? ¿Sos la fuerza que hace gozar de nuestra propia existencia sin una gota de sabiduría más que la del goce? ¿O es que la sabiduría dorada es la que logra gozar/nos en plenitud?

Ego yo ego vos, acá vamos, avanzamos, acabamos.

Terapia para apaciguar el ego “Dados al azar”

El ejercicio descrito a continuación, desarrollado a mediados de los años ochenta por la pareja de psicoanalistas estadounidenses Marie B. y John Lutkin, es utilizado en la actualidad por diversos terapeutas y escuelas de psicodrama en América y Europa, y obtiene notables resultados en el apaciguamiento del ego, que reafirman la vigencia de esta técnica a treinta años de su creación.

La terapia es individual, pero puede ser realizada en simultáneo por varios ejercitantes cuando se cuenta con un espacio amplio para su desarrollo, que garantice una distancia saludable entre ellos. Esta última organización suele potenciar los resultados de los ejercitantes.

1- Antes de comenzar la terapia los atrevidos deben formar una ronda y lanzar en su interior por los menos tres dados sobre el piso para cargarlos de azar y así honrar el surgimiento y la continuidad de la práctica Lutkin.

2- Los ejercitantes deben colocarse un títere de mano o agarrar una marioneta que sea de su agrado. Una vez cómodos y dispuestos a comenzar, se recomienda convocar a un observador –un analista de confianza, preferentemente con experiencia en psicodrama– que se pondrá a una distancia prudente, que le permita registrar los eventos que se sucederán en la escena pero que, sin embargo, no lo convierta en protagonista.

3- A continuación el ejercitante egoísta deberá intentar olvidarse de la presencia del observador y centrarse en sí mismo. Luego tendrá que enfrentarse cara a cara con el títere o marioneta manejado por su propia mano y hacer todo el esfuerzo posible para que los dos seres, uno consolidado, el otro en espontánea creación de disfraz, construido en una extremidad, hablen con furia a la vez, se expresen gritando juntos en el mismo momento. Es decir que el ser y el mano-ser deben hablar a la vez, ni un segundo antes, ni un segundo después.

4- Traba del cerebro, impedimento del cuerpo, duda del ejercitante. Será imposible llevar a cabo semejante empresa (3-). Pero el sinceramente dispuesto a tal terapia, la persona que haya intentado con todas sus fuerzas desdoblarse en títere y ser dos en el mismo instante, habrá pasado por una experiencia única, que de seguro se relacionará con el sabor exótico del impedimento, con el calor de la expresión honesta, con el íntimo ridículo o con la risa extrema e idiota.

El punto es que es ahí, en el momento inmediato posterior al intento fallido y a la expresión del fallo, cuando las barreras del ego bajan y el ser se vuelve vulnerable a sí mismo y dispuesto a escucharse, es ahí cuando vendrán las palabras profundas, dichas con firmeza y claridad. Deben surgir de la lava más improvisada del ser y no deben ser concebidas esquivando lugares comunes: los mensajes sabios son simples y la espontaneidad siempre es original y perfecta.

La perforación será implacable. El mensaje llegará al seno del seno del cráter del ser egoísta. Los niveles de ego estarán al mínimo y el lugar para la autopenetración será ideal.

5- Una vez que el atrevido haya expresado su frustración lógica y haya atravesado sus propias entrañas psicológicas con la savia de su ser o con su ser sabio, se recomienda que el observador se retire en silencio y que el aplacado descanse en soledad durante aproximadamente cinco minutos.

6- Por último, si el atrevido desea ir más allá, puede intercambiar visiones y sentimientos con su observador para enriquecer la experiencia.

7- El ejercicio Lutkin se cierra colocando los títeres, las marionetas, es decir, los seres mano-seres en un círculo y lanzando en su interior por lo menos tres dados. Cabe destacar, en los casos en que varios atrevidos compartieron el espacio y realizaron el ejercicio en simultáneo, la necesidad de no establecer ninguna regla o competencia en el lanzamiento de los dados, ya que la única finalidad de esta práctica es cargarlos de azar y, de esa manera, dar por terminado el ritual.

La hermana

Firme y contagiosa, todo se infecta con tu perfume natural. Tu alma es castaña en movimiento infinito. Sos comezón y pregunta en cada curva.

Naciste para ser amada. Con tu precocidad secreta para no alarmar a nadie. La aventura te moviliza cada mañana. Siempre entre dientes grandes, escupís al azar poesía y trabajás con dedicación el humor, tu tesoro cotidiano.

Siempre al frente, catadora, protectora suicida. Nunca habríamos conocido el aire fresco si no fuera por tu paso firme y guía alada.

Libre hasta en el sueño. Fiel hasta la muerte. Sos la protesta y la sumisión encubierta. Golpe de brisa, no te decidís por la innovación o la estructura. Pastafrola y torta de yogur. Conformidad y rebelión oculta. Cumbia y rock and roll. Madraza y terraza.

Vivís en un intento permanente por parecer alineada. No es tu don. No te des por vencida. La destreza es tu arma de bandera. En la palabra y en el cuerpo, los dioses se lucen con tu andar. Todo tu ser se balancea en una danza ácida y compasiva.

Cada uno de tus pasos es un impulso vibrante de futuro. Vas custodiada por leones que te cuidan y babeen su ternura. Tus zapatillas

siempre están gastadas. ¿Qué manos estás guiando ahora? ¿A quiénes iluminan tus propuestas?

El tiempo no logrará desteñirte. Mis ojos custodiarán los colores. La Carne De Mi Carne lleva tu chispa y me lo recuerda cada mañana cuando sacude su cabeza impenable y sus ojos incendiados de entusiasmo salvaje. Te he reproducido.

Estallido de acción, todo te entusiasma y a todos entusiasma tu vida inquieta y sobrecargada. Quién no quisiera ser parte de ella, de vos, de la energía apostadora.

Tu constante es la fortuna pero te es indiferente. Es tu única posibilidad y puede haber más en algún rincón no explorado. Siempre hay tantos rincones misteriosos. Perseguido por tus ojos, el mundo nunca termina de desnudarse.

Libracuarioacuariolibra. Sos almíbar de almendras, flor caprichosa, soy calambre de aves, escolta de alegrías. Te despido siempre, y siempre duele. Tu abrazo siempre me hace llorar, tal vez porque me acerca demasiado a mí misma y el calor se hace sentir. Sos espejo y rechazo de mí. Vos una parte de mí, yo una parte de vos. Somos tan unidas. Tan el mismo flujo, tan la misma carne. Un solo río de sangre.

Factor sorpresa

La perversa vida, presente y persistente, aunque nos consideremos sanos, aunque hayamos podido conseguir el éxtasis mental del equilibrio trabajo. Ahí está. Aparece el punto que nos retuerce los ojos y nos enfrenta a cuestionarnos todo lo que hemos sabido construir. Frecuente motivo que insiste y se disfraza en sueños para saludar siempre bajo distintas formas.

Acá está. Nada es tan blanco ni exacto como creía. Aunque hayamos aprendido a saborear el presente y a nutrirnos de él, el pozo se filtra y nos grita que el ahora también tiene pozos que marean y confunden y cuestionan el orden-caos que supimos conseguir.

Ahí es donde el caos se cobra la partida y recobra el protagonismo que nunca debió perder, y nos retuerce los pelos, las manos y los genitales.

Maldita vida tan entretenida que no nos deja en paz. Maldita inestabilidad emocional en el nudo de nuestros cuerpos.

Malditos golpes de remolino que no terminan de consolarse y que hay que cuidar como a hijos enfermos. Remolinos cavernícolas que nos arrinconan a la prueba y asesinan las cuadrículas de los días.

Lluvia lava

*"Contar la historia del día en que el fin del mundo
se suspendió por mal tiempo."*

Augusto Monterroso

Se tiñe la ciudad de oscura poesía. El cielo se abraza sobre sí mismo y se cubre de una frazada gris resquebrajada: aviso a los mortales para que se tapen el cuerpo con capas dobles; se viene la avalancha de lágrimas, el juego de la semana y de las sábanas, el azote interior.

Entonces revientan las gotas en las ventanas y se abren arterias de agua en los vidrios. Las baldosas abandonadas vomitan las piernas de los caminantes para afirmar su existencia.

Bendito recordatorio cotidiano de que la Tierra vive y es diminuta, bendito silbato de nuestra pequeñez. Saludos desgranados del más allá que en todo se meten y nos meten en techos siempre compartidos.

La necesidad del refugio nos galopa y nos obliga a necesitarnos. Nos acurrucamos y buscamos rebotar las sales del celeste. Los paraguas se abren y se cierran indecisos. Se acarician y se lastiman con el viento. Se rebelan y nos enfurecen. A cara mojada nos saludamos en un día nuevo, escondiéndonos del frío líquido que recuerda la vida.

¿Todos los paraguas vienen de China?

Las aguas cayentes molestan y juegan con la sorpresa. Son estorbo e invitación. Con la lluvia todas las tierras ensucian y nos marcan, todos los charcos se vuelven espejo.

A veces parece como si el rebote de la lluvia en las chapas y en los vidrios de los colectivos, que corren, refrescaran los cerebros. Como si cada lluvia refrescara las cortezas y nos penetrara con su aliento de menta y tierra. Como si cada lluvia fuera una oportunidad en la que algo se borrara de las mentes, de nuestro humor, y pudiéramos volver a empezar, en algo, con algo.

En algunas casas las rejas quedan abiertas y se saca una toalla para la visita desprevenida. Las zapatillas encharcadas estacionan en la entrada, salen al escenario los trapos de piso con su tradicional resaca de mugre y los felpudos se vuelven la estrella del momento.

Bienaventurados los hogares despreocupados y dejados sin felpudo ni picaporte. Adelante señores, embarren un poco, lo previsible. Aplaudamos a las casas sin paraguas ni precauciones pero con ojos hambrientos de sentarse a no hacer nada o a mirar la lluvia o a escucharla.

Y sin embargo. Que hay que trabajar igual. Hacer como si nada, como que aquí no ha pasado nada. Pero señores, ¡si está lloviendo a cántaros! Y llueve con globito... ¿Cómo hace uno para actuar de forma normal? ¿Cómo disimular semejante tristeza y nostalgia? ¿Cómo penetrar el día con tamaños obstáculos? ¿Cómo esquivar la invitación del cielo a la meditación solitaria y colectiva? ¿Cómo haremos, amigos, para no desear la reclusión durante todo el día?

Ante la primera gota caída debería delimitarse la región afectada y declararse de manera inmediata el asueto. La pesadez y el agobio se atenuarán de forma notable si cancelamos la carrera generalizada en las calles para que la lluvia no alcance lo que ya alcanzó. Y así los locutores no avisarán a sus mujeres que cierren las ventanas y descuelguen la ropa y todas esas cosas.

Toda persona que reciba el beneficio –o la maldición– de una gota sobre su suelo deberá tener el derecho pleno de tirarse a descansar de la vida. Sólo hará lo que se le cante y se fomentará la producción, siempre casera, de comida frita dulce en general. El mate amargo será la bebida del día, que con su carisma nos dará un abrazo de calor en la garganta gastada por un transcurrir en lavada renovación.

De otros tiempos

Basta de elegir la bombacha pensando en todo el día. No más qué auto tendré, qué casa, qué. No más mañana será mejor. No se sabe qué vendrá mañana. Las cosas siempre pueden empeorar. No más pronósticos acertados, ni huracanes que están por venir. Muerte a las amenazas y a las venganzas frías. Muerte al futuro galopante que nos supieron inculcar.

Salud a los desvergonzados que se atreven a pensar abrazados en los próximos instantes y en nuevas vidas. Despidamos el exótico matrimonio y a la gran reina madre que a todos exige y nunca paga. Desmitifiquemos que las vías nunca se cruzan. Recorramos en alfombra los aires y comprobemos que el espacio es un palpito en movimiento que nada tiene que ver con un reloj ni con un camino recto. Digámosle a Cristóbal que el terreno nos precede y nos supera. Más allá del terreno hay más: más allá. Más allá de lo incrustado, las vidas siguen latiendo. Más allá de los corazones hay conjuros universales. Más acá de la razón, hay corazón.

El tiempo es un engaño permanente, es el precio de transcurrir en el espacio, es la paga de resignación que debemos soportar para lo-

grar una gota de néctar de vida-brisa cada tanto. El tiempo es espacio para atrás.

La emoción organizada en su caos nos ilumina el andar y así vamos, sin entender que las luces erguidas se asfixiaron y que hay brotes de un andar polivalente, fresco.

El barrilete del deseo colectivo nos menea con ganas y cuesta dejarse llevar por ningún titiritero. Se duplican los archivos digitales sin que lo pidamos y las cartas todavía tienen olor a papel recorrido y existen.

Gargantada

Nudo complejo que me ata desde el cuello hasta el alma. Nace en dos segundos y se instala con una rigidez inaudita. Como un rayo que quita, me da dos platos de sopa y se acurruca en mi nuez como para quedarse a vivir. Retorcido hombre mudo que solo quiere gritar. Demoñito al acecho, firme guardia del precipicio, ahí está siempre probando mi fragilidad. No soporta no haber dicho algo que siente hasta en las perversas entrañas y se infecta de forma expansiva hasta que la casa está tomada.

Siempre elige el mismo centro de gravedad, el mismo nido expuesto al qué dirán. En posición estratégica y dolorosa rasca mis cuerdas vocales y recuerda que algo no dijo. No dijo algo y ahí está, atorado.

El cuello se vuelve roca pesada y acosadora; un tronco disecado que une la cabeza con el torso como una brochette preparada sin cuidado. Cada parte arde en el roce con la otra. Ardemos en el roce con el otro. El tubo se vuelve arena mojada por llovizna, olor a pis, sorete abandonado en espacio público.

Los ganglios se inflaman como en defensa ¿de qué?, del silencio; o de la palabra, mejor dicho. Gritan que hay una bola trabada que no salió y debe salir. Los bultos se hacen sentir, se agrandan, se vuel-

ven protagonistas y piqueteros con la saliva. El flujo se vuelve turbio y edulcorado.

Paradoja de la guerra: mi voz se va, se toma vaya a saber por qué demonios. Y el castigo, por fin, se vuelve verdadera enfermedad. El golpe por lo no dicho potencia la imposibilidad de hablar, me quita la señal, me quito más con humo y acá estoy. Con aftas vivas que aparecen sólo cuando los extremos de la psiquis parecen disgustarse. Una simple caricia mal hecha, una puteada acumulada y así estoy, de sonidos ausentes, de paciencia carneada, de pastilla de menta y miel para preservar al entorno.

Brota el fuego del pecho angustiado y los tensores se estiran hasta agonizar; se fuga el habla sin permiso y con condena. Maldito cuerpo tan atado al todo, tan atento a sí mismo. Tan enfermedad integral, tan puente del alma, odio su inmediata sinceridad impuesta. Mi lengua es una sola llaga y me convierto en serpiente encerrada.

Cada tanto el moco forzado salpica las paredes en llamas y deseo que un milagro trasplante el órgano infectado en segundos y sin consecuencias. Los oídos pulposos, con la humedad en la puerta, disminuyen la escucha, se resguardan de las opiniones, siempre ajenas. Me obligan, una vez más, a la retrospectiva que sufre el sordo.

Sopla el viento del ego y me abrigo para que el enredo no se quede a dormir. Sé que el nudo goza cuando lo combato, y no lo dejo lamerse tranquilo. Gato, gato en silencio que araña la piel y me lastima como quien besa a un hombre.

Todo el cuerpo se entumece y mis uñas se pintan solas de color ovulino.

Remolino de carne enardecida que comienza a palpitar por la noche, reclamando que broten del botiquín los pañuelos, bicarbonatos, propóleo y sprays que manchan y no salen. Y cuando sigue sin decir, aparece el río: bienvenida amiga angina, un gusto verla de nuevo por acá, ¿qué se le ofrece esta vez?

¿Y cómo es eso de dejarse caer? Sale el sol y uno tiene frío y le duele el satélite que se vuelve cruel e invasivo. Decido estamparme y lo hago y me infecto e infecto lo que más quiero, y una vez más me obligo a volver a mi centro luego de hacerlo sangrar.

Mi garganta es una ostra con perlas de supuración condensada. Mi boca se atora y luego de ásperas contracciones viene el parto de pus. Sólo el tiempo da el aire suficiente para olvidar que el nudo existe, o más bien, que el tiempo existe. Es ahí cuando sólo queda el aire, regalando rebanadas de frescura y abriendo las cuerdas como piernas calientes.

Cuando menos lo espero el canal se expande y regala canicas de crema podrida y el río se esparce, la maraña se afloja y se va secando. Las cápsulas de angustia pueden desprenderse con los dedos en el teclado, el paso de un rey mago, una canción en la radio, la alegría de la gloria; un orgasmo sacado, un caramelo pelado, un regalo inesperado. O la cena lista, la cama tendida, el cese de la lluvia.

Verde

Galopa la vanguardia invisible y se desplaza con agilidad en las computadoras y en los charcos. Invade plazas y asfaltos y aúlla en semilleros culturales y bares que se están por crear. El nuevo arte es una mirada perspicaz de lo ya vivido. Hay una preparación latiendo en los pasillos largos de casas antiguas y refaccionadas en mil compartimentos. Existe la nueva música que aún no es escuchada por millones.

Revive el agua natural del recambio y el recapitule. Laten los pies con ansias de más. Son pies de piernas húmedas y ansiosas que se criaron con más de diez ventanas en simultáneo. Son pies de información cruzada y despintada que se juntan y reconforman con una fuerza inigualable en los suburbios de los pueblos, en el campo, en los alambrados, en la cinta, en los encordados.

Hay dedos buscando espacios y hay mentes que tocan todos sus dedos y tocan las mentes para que todos toquen todos sus dedos. Hay una fuerza inagotable de transformación e hinchazón de pasado mejor. Hay una risa constante que busca respuestas a la mediocridad. Hay un orden que anda diciendo que no se toca que no se mira que ya ganó. Hay un desorden que se agrupa y cabalga en direcciones

diversas y se ríe y sabe que no. Y hay una masa brumosa que ataca en caminata.

Salpica fotografías el arte plástico y se burla de la multiplicidad, que sólo le es familiar. Rebotan los pibes de transición pesada, se crían los bebés con nuevas calmas y nuevos reclamos. Siguen los padres, siguen los hijos, sigue lo desigual, sigue la mala elección, siguen los amigos y las nacionalidades. Pero también hay porotos minados por todas las plazas y desiertos que palpitan libros que se olerán.

Se buscan los besos nuevos en las esquinas de bebidas calientes, se rozan los cuerpos tiernos y hambrientos de entendimiento abrazador. Danzan conexiones inexplicables en un universo mutante de expresiones que luchan por distinguirse y, a su vez, agruparse en fuerzas más poderosas y placenteras.

Futuro

Bienvenido Futuro, pase, siéntese por allí, póngase cómodo. Enseguida le traigo un mate y alguna conversación interesante y nutritiva, por si gusta. Pase, pase, sáquese los pases de encima y siéntese a no esperar conmigo un rato.

¿De qué podríamos hablar? En primer lugar habría que decir algo del clima, esa cosa que une a desconocidos en segundos, que tiene el poder universal de la vinculación instantánea y la capacidad de llevarnos a encontrar grandes coincidencias con el cliente, el taxista, el vendedor, el que también espera, el compañero de asiento. Bueno, allí encontraríamos puntos en común, seguro. ¿O este tema no le afectará? ¿Será invulnerable a los berrinches del cielo?

Luego sería fácil entrar en algún tema melancólico y llegar a la salvadora conclusión de que todo tiempo pasado fue mejor. Antes estábamos bien, la economía es un desastre, los chicos no pedían tantas cosas, en mi época ni se te pasaba por la cabeza insultar a un adulto, mamá nos arreglaba la ropa.

Ah, ¿prefiere café? ¿No lo altera? A mí sí... ¿Se quiere pegar una ducha, descansar un rato? ¿Cortadito? ¿Azúcar o edulcorante? Le puedo preparar la camita del fondo si desea. Sería bueno que descan-

sara, aunque no sé si podrá con ese café encima. Tendría que combatir un poco esas ojeras y luego, si me lo permite, deberíamos conversar con seriedad de lo nuestro. Si quiere arranco, la verdad es que hace años que espero este momento, se imaginará que mucho más no puedo esperar, pero si necesita descansar lo entiendo, yo ando muy cansada también, y sufro de ansiedad, usted lo sabe. Y si corro tanto detrás de usted es porque tengo millones de cosas que proponerle; que gritarle, diría a esta altura. Porque usted nunca me escucha, ni se da vuelta para mirar. Con lo bien que me harían unos ojitos suyos de vez en cuando. Hay días en que me hacen falta. Pero nada, ni un guiño para darme esperanzas, ni un ¡siga así! como en el boletín de la primaria. Ni siquiera un felices vacaciones. Lo mío es un trabajo esclavo. Conozco mis derechos, soy una mujer informada. Yo así no sigo. Se lo quería decir en persona. Este silencio persecutorio, enfermizo, que da por sentado amores y desamores, huidas y abandonos, anhelos y objetivos. Yo así no puedo seguir. Si quiere hablamos después, pero la carrera es desigual y usted lo sabe. Y ahora que lo tengo no lo voy a dejar ir tan fácilmente. ¿Me escucha? ¿Tiene sueño? ¿Que no? ¿Usted nunca duerme, nunca para?

Parar. Qué difícil es cuando uno anda tan hambriento e insaciable y se pone más hambriento e insaciable y se disgrega por la vida con asuntos imposibles. ¿No le parece? Y peor aún cuando nos rodeamos de seres vorágine que potencian la hambruna y las corridas. Y lo peor de lo peor: despreciamos el ritmo del resto de los mortales que, con sabiduría, disfrutan del ocio y se toman unos mates y se tiran al sol y comen medialunas y caminan despacito y así logran escurrirse victoriosos por el tiempo.

Dichosos sean los escurridizos, que mi envidia los proteja, pero usted sabe del problemita de mi tatuaje de nacimiento que sangra y sangra y dice que no puedo detenerme, que no hay tiempo para el holgazaneo, que hay demasiado por hacer, que hay cosas muy importantes que esperan que las empuje. El asunto se me clava como estaca siendo carpa. Es como si el perro siempre se me escapara, como si el cerebro galopara tres pasos más allá de mi más acá y terminara, de a poco, volviéndose loco. Volviéndome loca. Ya de chica vivía alejada y

todo lo disfrutaba pensando en lo que iba a ser. Pero el mañana nunca llega como lo diseñamos y las paredes golpean y la niña ya crecida sintió que a los caminos de la vida, la vida los camina y que el destino se escurre sin que podamos siquiera saludarlo o vestirlo o tirarle un beso al pasar.

¿En qué se transforma el día cuando no lo habitamos? ¿A qué mutamos sin ahora? El cruel resultado: día y yo: trapos sucios en un camino sin fin y sin paradas.

Y el camino se hace cuesta arriba si usted no colabora. Tire alguna clave que nos acerque para siempre, una pista que calme la búsqueda. ¿Hay que escurrirse? ¿Ser amigos de lo espontáneo y del palpito? Si es eso, me arrastraré como gusano precavido y perezoso, buscando nutrirme en cada avanzada. No se me cae ningún anillo. Si tengo que comer tiempo y que me haga cosquillas en la panza, lo hago. Sólo quiero dejar de correr un rato. En fin: si todo se trata de reírse un poco de usted, Señor de-lo-que-aún-no-llegó, sepa que haré lo que sea necesario.

Embriaguez

Golpea la saliva turbia mis comisuras,
Me cuesta tragar la cerveza caliente,
Hago un buche y
Ya está.

Llegó el momento. El quiebre de la noche se avecina. Todo lo que suceda de acá en más puede ser peligroso. Es hora de mirar quién queda alrededor y con quién me voy a ir a dormir. Siempre quiero algo más, pero las noches de alcohol pocas veces se acompañan del milagro del sexo. Alcanza con sentirme segura en el estado en que estoy. La comisura paposa. Cómo voy a roncar esta noche. Homero.

Todo lo que suceda de acá en más es riesgoso. La decencia y el prestigio corren peligro. Llega el instante y mi foto se ve borrosa. Yo fuera de foco y en el fondo la música apalea mis oídos. Ya no es música, es molestia asesina y premeditada por máquinas que tocan por nosotros cuando sube la noche.

Sube la noche y me siento hinchada y me propongo cambiar y dejar de fumar, todos delitos que volveré a cometer mañana. Golpea la hora con la piel gruesa, el maquillaje desencajado y las piernas como anclas. Se desangra el tiempo y quisiera haber tomado otra cosa, tal

vez estaría mejor. Alabadas sean las mujeres a las que no les gusta el alcohol. Alabadas sean las vírgenes del Señor que no gustan de los malos hábitos y que sólo posan con algún cigarrillo. Alabadas sean las inapetentes sexuales y las refinadas de verdad. ¿Cómo se puede tomar cerveza y sostener el glamour? ¿Cómo siguen peinadas y con ropas sin manchas con olor a perfumina?

Piso blando, ojo mojado, taco alto, piso mojado, ruido a botella, galope de luces, nube, nebulosa, distorsión, risas, eco, eco. Tropezón, no es caída, arcada, no es vómito, hinchazón, no es dolor, risas, pero no causa. No hay causa aparente para encaminarnos al no camino. Es un grito que pide huida, que pide chau, que pide salida. Es la comisura seca y la saliva gomosa. Es la cerveza que amenaza con no seguir los caminos habituales y volver a saludar en sus peores formas.

Salgo, es el momento de salir. Foco. Recupero. Necesito cómplices para salir. Acompañantes de caída. Puerta. El aire golpea las fosas nasales y el cuello. Cómo golpea frío y contrasta con el calor del alcohol. Taco taco taco vereda rota, todas las veredas están rotas, charcos, aire frío, agua sucia, esperá que vomito acá, vomito, me miro, estoy bien, sigo, taco taco, equilibrio, todas las veredas están rotas, sigo taco taco, adónde vamos ahora.

Entramos de nuevo. Ahí o a otro lugar. Con Él o con otros. No importa a esta hora. En un rincón de los sentidos siento pajaritos y escucho el sol. La cama me abraza el pensamiento y sólo pienso en tomarla. Pero estoy lejos y el buche no se va. Y el ancla sigue en el bar. La cerveza sigue quemando la garganta.

Ya no hay plata para refrescarse. Todo es bebida donada o robada u olvidada. A determinada hora no se compran más cervezas, se mendigan. Se toman los restos de lo que fue. Los culos tibios regalan la última esperanza de diversión. Quedamos restos de lo que fuimos.

Miro alrededor y ya no hay tanta gente. Sólo hay flores ridículas arriba de cabezas histéricas de chicas bronceadas que no paran de hablar pavadas con chicos que no se van a coger porque ya es tarde. Porque el cerebro ya hizo ese clic del que no se puede volver hasta dentro de unas horas. Si no te fuiste ya, no te vas más.

El clic guillotina esperanzas, el clic de la foto borrosa que al fin y al cabo buscamos con tanta energía de codo empinado. Ritual de camino al sin camino hasta que ya nos caímos del camino y mientras nos salimos, disfrutamos, pero si ya estamos afuera, no nos gusta, no divierte, desbarranca. Desbarranco y vomito. La línea de la diferencia. La necesidad de escupir, de lanzar lo que nos metimos sin parar, sin medir, sin piedad. Foto, foco. Taco taco taco. Taco y trago. Trago un nuevo buche tibio porque la noche es larga y siempre se puede seguir disimulando. Taco taco cerveza saliva foto caliente cigarrillo comisura foco humo pesado foco glamour.

Cacho de vida

Una pluma se aloja en mi brazo y me recuerda que estoy protegida. Ojos acaramelados me dicen tres holas al despertar y desayuno un pequeño y sólido abrazo. El ritual se abre paso en las mesas y nos empachamos de los manjares del buen vivir. La cama se estira y grita que le haga mimos. Las puertas no me dejan dormir de corrido y se entrometen en mis sueños. Somos todo puertas.

La Carne De Mi Carne se ilumina con las luces del cielo y huye de los torpedos de la tierra. Nosotros la seguimos, es lo mejor que aprendimos a hacer.

El sol golpea simpático sin asfixiar y los mosquitos saludan al pasar. La amistad es un bocado que se regala cada tanto y qué buenos mates nos tomamos hoy.

Todavía siento correr por mi cuerpo la saliva de su cuerpo. Nos amamos en distintas frecuencias: hubo demasiada luz y expectativa. La música y el aburrimiento son nuestras enfermedades crónicas, nada de qué preocuparse.

La Carne De Mi Carne en desafío permanente no permite la quietud ni la duda. Todas las medidas deben ser tomadas y las acciones, ya

emprendidas. No hay anuncio sin consecuencias ni razones grises que se conviertan en obstáculos.

La brisa salpica suavemente sin penetrar pero salpica. Él con sus ojos también de caramelo y su hambre de satisfacción inmediata. Él enseñándome a relajarme. Yo enseñándole a relajarse.

El lazo del cariño revienta las fronteras y es inevitable sentir que nos pertenecemos en este cachito de vida que es la vida. No hay geometría para describir este día que es un nuevo día y que sigue siendo, aún, tan parecido al resto. Por suerte cada vez más sabemos qué está de más y qué es de verdad, lo más. Hacia allá vamos. Montando una tibia libertad de goce y responsabilidades. Resta decir que todos tenemos resaca y que no sabemos de dónde saldrá la plata del próximo mes. Resta decir qué resta.

Domingo

El aire se vuelve espumoso y sucio y todo adquiere una velocidad de resaca que apesta. Las panzas se inflan luego de intentar satisfacer el vacío con comida reventona. El vacío: un hueco en el espacio y en el tiempo, una pausa que no acaba ni comienza, un lapso en el que no se debe hacer nada.

El apocalipsis de la semana se desplaza reptando lentamente por la selva de lo cotidiano. El tiempo se vuelve chicle masticado y sin gusto, que se desgrana por su vejez. No hay atajos ni picos de emoción. Todo es tibieza contenida. El día se baña de pimienta que no pica y el mundo se muestra color pastel, caqui, crudo, marrón lavado. No se puede lavar porque la ropa no llegará a secarse. No se puede hacer nada porque ya queda poco tiempo.

Todos envejecemos un poco cada domingo. Pareciera que una aguja del reloj se nos clava en el ser y rasguña avisando que pasa. Pasa y no pasa nada, pero pasa.

La gente se suicida los domingos. No es casualidad. Deberías seguir su ejemplo, domingo. Lo peor de tu existencia es la finitud. Si todos los días fueran así, la vida toda tendría otro olor. Pero tu pausa contrasta, y ese contraste es el que duele.

La verruga en la planta del pie es no saber qué hacer más que comer y dormir, porque los domingos nunca bastan las horas de frazada ni el calor del colchón –la energía pocas veces alcanza el ranking del sexo–. Y otro poroto menos: con carnes de nuestra carne que atender no se puede dormir demasiado. Si no, nos deprimiríamos tranquilos y a hacerle honor al día.

Pero no. No hay lugar para el honor al horror y la coalición con la familia se vuelve una prenda usada por compromiso. También hay que tomar gaseosa, postre y café para despabilarse. Más tarde, a la tarde, tarde ya, el mate se presenta como el salvador pero no hay vuelta que darle: los domingos siempre sale feo. Yerba quemada, agua fría, bombilla tapada.

Domingo, te huelo y te rechazo. Sos ladrido de perro y siestas de vecinos. Tu nombre es gordo y repulsivo. Nos recordás la familia en las más aburridas de sus formas y obligás a pensar en las responsabilidades que contracturan y pesan. Como tu panza, domingo. Pesan como tu panza de cerveza y guiso.

El sol podría ser una ventana para salir de tu cárcel pero termina mutando en asfixia y tedio. ¿Qué parques, qué ferias pueden calmar la melancolía que convocás? No hay salida que amortigüe el poder de la fiaca. El aburrimiento pega y no se puede combatir ni con planes anticipados. Ya sabemos lo que hacés con los planes. Te cagás de la risa y nada alcanza o todo sobra para vos. Esas salidas que se vuelven tan rápidas, tan poco, esas sobremesas interminables, esas excusas para alargar lo que va a terminar en la catástrofe del fin, en el precipicio del comienzo, ¿hay cosa peor que ver al sol huir en la tardecita del domingo? No sé bien adónde va ese sol prófugo, pero cuánto daría por irme de joda con él y escapar de otro ciclo de vorágine, de otro día tras día esperando la liberación, de cumplir con obligaciones caretas y encajetadas para una sociedad encajonada pero trabajadora, muy trabajadora, sobre todo los lunes.

Anillándonos

Tus dedos atados con cinta de plata saludan a mi jean y se deslizan presionándolo hasta encontrar un tibio manojo de costuras. La humedad no tarda en saludar y el calor golpea las telas. Cada costura un dedo que escarba sin piedad jugando a que lo saquen. Tus ojos fijos en el camino cada tanto me regalan una pregunta o una invitación. Se escurre tu mano y se me escurre la piel y la cabeza y me acurruco en tu hombro rígido. Las puertas se abren sólo para ver cómo llegamos y nos zambullimos sin escalas en el lecho ordinario.

De repente volvemos a desconocernos, presas de una timidez crónica. Te recubro y estoy lejos de capturarte. Por más intento no hay fundición posible. Hay una frialdad innata en los seres libres que hace que la atracción sólo crezca. La certeza de saber que nunca nos poseeremos: el más fino de los licores del encuentro.

No tardamos en girar del roce frío al beso osado. De la caída pesada a la dinámica de la guerra de los cuerpos. No me alcanza el tiempo para tragar saliva y chupar tu húmeda espátula. Quisiera escurrirla y hacerla parte de mi carne y vos a cambio rodeáis mis labios con tu espada rosa y me enloquece, como siempre, no tenerte del todo.

Tu pelo resuena en mi cara y en el pecho y me frota los poros. Me ensucio con tu sudor y te recorro saltando al azar del instinto. Se impone el pedazo brillante y lo envuelvo con lo que anda a mano, con mis manos también. La ofensiva es contra la esquina del capullo abismal y tu lengua gana cordura y se hace finita y delinea sin piedad ni caramelo. Las piernas se perfilan y se pelean por mostrarse. Tu mano engañosa me enarbola recta y mi envoltura te persigue con humor. Nos arrinconamos en la orilla.

Todo se vuelve búsqueda de mar y la sed nos encuentra profundos.

Nos galopamos tan ansiosos por dibujarnos que no podemos gozar con calma. Y ya saltamos a otro lugar y a otro y qué lindo recoveco y no, vení para acá, y no, más besos, no, más besos no, que ya estás adentro que te siento todo que me llenás que soy toda tuya que me mojo que aguantá, que me volvés loca, ¿me sentís?

Cada tanto un *qué panzada se estarán dando los vecinos*, cada tanto *adónde vamos ahora*. Pero nada debe ser dicho exceptuando la satisfacción. Todo lo dicho en el pasado se condensa en no-palabras que guían a las pieles como la improvisación a los buenos titiriteros.

Somos comunión abierta y firme. Encadenados en un puente de sueño y realidad roja. Por momentos no hay momento ni personas capaces de pensar en ellos. No hay espacio que nos sostenga, no hay nada que sostener. Nos fumamos los veintiún gramos y levitamos en su humo.

Brotamos como imanes que se atraen y rechazan al mismo tiempo y hay esfuerzos en vano por contener la catarata de yoes que quieren desprenderse y gritar que están vivos.

Y llega el calor asfixiante que sólo pide más calor y menos inhibición. Cada pulseada nunca se gana y la guerra se convierte en competencia de ofrendas. Llega el oasis anunciado y nos mojamos como helado de frutilla y limón y no hay modo de evitar el fin, deliciosa impotencia.

La conexión es sincrónica y batimos y bailamos leyéndonos los ojos. Orgía púrpura de dos y de miles de fantasías en acción espontánea. Los tendones se tensan y parecen más largos, puentes infinitos a la resurrección.

Ausencia

Se desploma el yunque y me deshidrata el cerebro. Soy restos de cueros sepultados en tristeza fresca. Todo lo tuvimos en el intento de comunión –siempre intento– y ahora mismo la cara de la nada se ríe de mis pocas armas, de la resaca del paraíso que ya no es.

Se abre un hueco y me hundo en la cama, untada por los líquidos de lo que no volverá jamás. Se abre la puerta y cae el remolino como un golpe en la sien. El tercer ojo espía lo que no somos y se conmueve ante la quietud. Soy piel expuesta sin explicaciones, virgen inundada de flujos y distancias.

El milagro finalizó y obliga la caída al terreno imperfecto. La soledad babea penas sin piedad y envuelve el aire oscuro de la dejadez. El cuerpo está pelado y expuesto al universo sin energía para volver a disfrazarse de miembro de la sociedad.

Y vos te vas a otros pagos y siento tu retiro satisfecho por el túnel ya vacío. Sin más me acariciás el interior por última vez y saltás al baño al patio al cigarrillo al televisor al comentario al pasar *estuvo bueno*.

Te vas feliz, chispeando descargas, sacudiendo caderas, bailando satisfacción y deber terminado. Y yo fetal, fatal, pollo desierto, medialuna sin café, ausencia soberbia sin camisón. Todavía las chispas

no terminaron de deshidratarse y brotan las lágrimas sin explicación. De repente sos hombre común y repugnante y yo una niña que sólo quiere un abrazo. Un abrazo, pibe. Ni más ni menos. Pero no sabés lo bien que me haría. Las generaciones que abrazarías. El calmante histórico que aplicarías de un zarpazo. La soledad que calmarías sin saberlo, sin esfuerzo. Pero sin ser, claro.

Por qué no la dejás, sino. Tal vez la nube de incertidumbre nunca se presentaría y podríamos dilatar para siempre la brisa renovadora del abismo. Una maratón tampoco vendría mal y sin embargo. No es Él sino ellos. Son ellos la tropa que se muestra, da el mejor baile y se retira con decoro y actitud, dejando orfandad de placer y contención. Ellos tienen el permiso.

¿Es milenaria la angustia silenciosa ante el vacío de algo que hace instantes rebalsaba de energía? ¿Siempre están las lágrimas en la puerta? ¿La garganta también se contrae y nos estrangula? ¿Al final fuimos uno en plenitud o dos plenos en un fin?

Molesta el recuerdo de lo que acaba de ser y de que acabamos recién y la posición que toma mi cuerpo que aún chorrea algo. La contracción de los músculos ante la defensa del peor enemigo. La conciencia de unidad en el cosmos y la carga eterna de cargar con la eternidad. La responsabilidad por el otro y sin embargo.

El encuentro ya terminó y sin embargo. Sin embargo me falta. La falta es asmática, persecutoria y voraz. La falta permanece impoluta, anclada en el pecho. Tu presencia no cura mis anginas ni suaviza mi garganta ni apacigua mi infinita sed. Sin embargo, sigue siendo linda. Tu presencia inconclusa sigue siendo linda. Tu ausencia inconclusa sigue siendo mejor que. Porque sin la ausencia no soy nada. La nada es mi ausencia.

Destetada

Me vengo a enterar ahora de que somos mujeres porque nos han educado para ello. Nos hemos educado para ello. Unos días inventamos hombres, inventamos mujeres, y por estos días nos inventamos invenciones.

Y me entero de que el miedo es cultural y que el miedo se enseña. Y que hay que desaprendernos y que la vida es un quilombo. Gran parte de nuestro transcurrir dedicado a revivir y desnudar nuestro pasar, nuestros pasares. Aprender. Aprender a desaprender. ¿Las siliconas no hacen falta?

Y un día engendré a la Carne De Mi Carne y nació con concha y sin ser mujer. Y sus rasgos son arrolladores y le enseñamos a ser mujer con ropita rosa y juguetes seleccionados. Y a los cuatro años de haberla engendrado cuenta que en el Jardín los otros nenes le preguntan si es nena o nene. Y supongo, por lo que me han enseñado, que la pregunta viene por la falta de aros, su guardapolvo azul, su nombre indefinido para aquel o tal sexo. Y qué les respondés, le pregunto ocultando mis temores, tan infinitos como la educación encasillada y martillada que recibí. Nada, me dice, me río.

Y yo me quedo mal doblemente, porque ojalá que no, pero en un año, le va a doler no sentirse casilla, no sentirse hombre o mujer, o más bien, saber desde tan pulga que deberá construirse mujer si así lo desea y que si elige otros caminos más fronterizos u opuestos la vida será más difícil. Y que la vida es difícil cuando de derrumbar casillas se trata. Y además, me quedo mal por quedarme mal. Qué patetismo tan mamado.

Qué ensalada de poder, qué guerra por recorrer. Demasiados edificios que derrumbar.

Reina femineidad, ¿dónde estás? ¿Adónde te iremos a buscar? ¿Adónde los hijos, el matrimonio, las labores, el pete desinteresado, la escuela clasificadora, la garra del clítoris? ¿Y qué hago ahora que no me falta nada, que tengo todo lo que tengo que tener, adónde voy a buscar la ausencia? ¿Qué haremos con nuestros cuerpos moldeados en el deseo de lo que no son? ¿Y dónde están los machos salvadores protectores que después no se animan a bañar a un bebé? ¿Qué hacemos con tantas muñecas, tantas Barbies, tanto empapelado rosa y juguetes de princesas? ¿Con tanto vestido blanco, tanta flor, tanta pareja pareja, tan celeste y rosa, tan frutilla y crema del cielo?

Una fogata de plástico que va a llenar de olor nuestros cuerpos de muñeca. Y el helado derretido y la teta vacía y llena de usos y de orgullo y de deseo de ser reconocida tal cual es. No más esto o esto. Sexo. Sexo y existo. Sexo libre e inatrapable. Sexo abierto sin aperturas ni cerraduras. Sexo indestructible por su flexibilidad. Sexo que de nada escapa porque todo lo es.

Chocolate Gris

Tabú. Nuestro amor tabú. La amante que tuvimos y perdimos. Despedida eterna, demonio encapsulado, cría perdida. Fracaso de diálogo y de apuesta.

Objeto de decoración histérico y pulguiento que alteraba nuestra vida carcomiendo las paciencias y las tranquilidades. Tu cuerpo era una escultura móvil pero eras irritante para ser escenografía. Expulsabas municiones vomitivas y gigantescas que cortaban nuestras aspiraciones de pulcritud.

Chocolate Gris: te queríamos pero no nos servías. Nos equivocamos de objeto, tu carácter cuajaba de manera perfecta con tus ansiosos dueños, eras demasiado parecida a nosotros. No cabíamos cuatro así bajo el mismo techo. Lo siento, bonita, pero querías más y nosotros también. No podíamos darte nuestra ración de tilo y manzanilla.

Valija viva de nervios, no cabías en aquella casa enorme que no terminaba de derrumbarse y ni hablemos de la nueva casa de apariencia normal. No cabías, Chocolate Gris.

Tus patas no sabían acariciar, sí tus ojos, pero no alcanzaba. Cuando debías cuidarnos, tus gritos esquizofrénicos sólo asustaban. Eras una guardiana peligrosa, en todo sentido.

Te amábamos tanto, Chocolate Gris. Pero eras caballo y loca desafortunada de lengua gruesa de terciopelo. Y el galope de tu vida no nos dejaba dormir. Y éramos muchos que alimentar. Y nos brotabas en cada puerta, en cada despedida. Tu terquedad desataba toda la ira y a cambio recibiste todo el no-cuidado que te pudimos dar. No pudimos, Chocolate Gris, no pudimos complacer el histérico engranaje de tus genes.

Y un día abrimos la puerta y dejamos que te fueras al sol con otros. Sabiendo que no era el fin ni el comienzo. Sabiendo que no te íbamos a poder nombrar, que te derretirías en nuestros recuerdos, en nuestros deseos, llevándote el chocolate a otro lado, dejándonos en gris.

No pudimos mirarnos cuando te ibas en el asiento de atrás de aquel auto. No pudimos visitarte ni conocer tu cama ni tus nuevos olores ni tu salud. Somos seres crueles: ni tiempo de verte de nuevo te hemos devuelto. Lo sentimos tanto, Chocolate Gris. Nunca pudimos desearte el bien sin nosotros.

Revelación en Nueva York

Acababa de terminar el recital de la mejor banda de cumbia que jamás haya escuchado. Hacía calor y la gente se armaba en pequeños grupos. Yo siempre sola. No molestaban pero estaban ahí, formaban parte de la escenografía en las alturas que había montado mi inconsciente. Abajo nos recorría una ciudad incansable y conquistadora en todo sentido. Cumbia santafesina en Nueva York, qué más se podía pedir: que fuera cerca de su cielo, gris e iluminado por las luces que admira –y paga– el mundo. En efecto, nos congregábamos en la terraza de un edificio ancho y acogedor y gris, bañados de cielogris.

Casi no recordaba la música de minutos atrás pero aún sentía su sabor festivo en la boca. Todos habían escuchado la banda con demasiado respeto. Yo disfrutaba la resaca de sus melodías en plenitud cuando, relajada, miré el cielo y de forma inesperada la vi: una pequeña explosión estrellada que comenzó a expandirse iluminando el espacio. Como si la tibia tormenta que invadía el cielo se hubiera apoderado de mi mente, razoné que el hecho no era aislado y... ¡Eureka! Pude ver en mi cerebro esa explosión encadenada a otra y esa empujando a otra y ese tejido de pequeños incendios generando la maquinaria que moviliza el mundo, y de un momento a otro se reveló

la composición de la materia, como si la física fuera pura poesía de la buena y espontánea.

Tras otro estruendo en mi cabeza reafirmé la idea de que somos enganche de bombas detonadas que vomitan energía y nos iluminan el día y los cuerpos, somos luz que petardea en cada ínfimo instante o espacio; somos abrazo de estallidos de materia ambiciosa que se zambulle en la eterna carrera de ir más allá, empujando a otros fragmentos de colores a rebotar en otro sentido, y cual billones de autitos chocadores funciona el universo.

¿Cómo no concebimos en el caos y en la emergencia del conflicto, después de todo? ¿Cómo no pensar que el equilibrio es el movimiento permanente?

Explota un pedazo de cielo gris y el evento se vuelve estrella y los ojos se encandilan y el todo se acopla a la sucesión de estallidos que desnudan una idea en una noche de cumbia en Nueva York.

Mi cerebro un estallido, mi cerebro un canal, mi cerebro miles de patadas, mi cerebro una bomba, mi cerebro encandilado, mi cerebro energía, mi cerebro diciendo que despierte y que recuerde.

La ventana

A Antonio Caraduje

El cuadro es abstracto. El cuadro es rectangular y sus enredos de colores también lo son. Pero se salen los colores de los rectángulos, se salen aunque siguen teniendo forma rectangular. Son rectángulos pero también son más que eso. Son la transgresión de la forma. Se sale el cuadro también. El viejo me enseñó que el cuadro tiene que respirar. El viejo nunca supo de mi boca, ya grande, cuánto lo quise. El viejo siguió digiriendo paletas y carbonillas y nunca le dije cuánto me había dibujado. Tal vez lo imaginen sus hijos. En la esquina superior derecha del cuadro tiro el solitario blanco y una suave caricia de celeste. Abro la ventana. El aire que entra golpea fresco y se zambulle en mi nariz. En la esquina superior derecha tiro el solitario cielo en el lienzo. Mi cuerpo se empapa de novedad y agradece el recuerdo circular. Los arbolitos de mis pulmones se hinchan y por un instante crece el bosque azul de mi pecho y nos enlazamos en el espacio de las pinceladas y la pintura es alma por un rato. Qué ventana abriremos. Qué ventanas abrimos. Con mi inocencia y su vejez a cuestras. Sus palabras escasas y certeras. Mi negación a la orden y a la edad. La negociación permanente. Su elogio mentiroso. Un cuadro una ventana una ventana una vida. Y la pintura que se resis-

te a reproducir la impresión primitiva de los sentidos. La pintura capaz de crear realidad, realidad de los otros colores. El plastrón se zambulle en el fondo y en la zambullida integra la construcción y la sensación, se mezcla con los otros rectángulos y posibilita una mediación espontánea que especula con lo dado. Y lo dado muere de veinticinco puñaladas y se abre un parto de colores nunca vistos nunca pensados nunca combinados en otra realidad, que ya no es dada sino naciente, mutante, creante. El recuerdo me hace investigar al viejo y lo encuentro en lo nuevo. Encuentro sus objetivos y los de sus compañeros y lo veo joven y me veo vieja y quiero ser joven como el viejo y sus amigos. El viejo fue joven con otros jóvenes –con el peso de estar presos en una edad a la que no se pertenece– que movían, iluminaban, transformaban, insertaban el futuro e imprimían giros de creatividad. Pintaban los días con el color concreto, abrupto y radical. Buscaban una nada contundente que diese aire. Aprendían a pensar desde la nada. O desde un algo no nadado hasta el momento. Y con el nado, el nuevo orden, la aparición de formas inconexas, la aparición de una nueva realidad. Pintando experiencias inéditas. Sin buscar ni encontrar, inventando.

Cargaba el viejo una estética espiritual que acompañaba el tránsito y despabilaba la distracción con nuevos mundos. Vivía en la tarea de invitar al ojeador a llevar a algún lado lo hecho por una mano por un pincel por colores inventados especialmente para ese ojeador en ese momento por esa mano por esos colores por ese pincel por ese ojo nutrido con el aire poderoso de una ventana.

Pasaje

Floto en un mar rosa de pétalos de agua. Floto relajada y desvergonzada pues el universo me espera. Me sacudo a cuestras de alguien a quien le da placer llevarme. Ríe con ella y sueño con ella. Ya me le parezco. Por este rato somos una y no nos molesta. Soy gelatina por fuera y torpedo activo hacia adentro. Con la inquietud crezco y vivo en éxtasis.

La carne se exagera con calma y el cuerpo se ensancha, se agranda, se planta y propone un nuevo cuerpo, más grande, más caprichoso, más expansivo. Cada poro dilatado se vuelve un brazo en el mar: capturo el movimiento del agua, lo registro, lo hago mío, gozo en su roce, lo absorbo y me hago más fuerte.

Descubro mis partes y succiono la carne. Juego, juego seguridad. Agradezco tanto amor. Respondo pedidos con mis piernas tímidas y delgadas. Golpeo para que sepan que estoy ahí, jugando en puro placer en puro navegar en puro levitar. Me muevo y aprecio y soy bombón de terciopelo.

La mujer me lleva con una tranquilidad admirable. Camina con orgullo y frescura. Su movimiento joven me da certidumbre. Se ocupa del cuerpo tanto como es necesario. Su ser se emociona al sentirme mujer.

Respiro sueño y recuerdos de un más acá. Floto y despierto y vuelvo a soñar. Nos levantamos sin luz por un pedazo de calma. Nos encontramos a solas con las palabras. Te regocijás leyendo de a ratos, madrugando, en una pausa. Confesás que los autores viejos dicen cosas nuevas. Será que cargás lo nuevo y te sentís abstraída, superada, superando.

Tu tranco es animado y paciente. Vamos de aula en aula y de pasillo en pasillo. Escucho murmullos, mujeres con incertidumbres crónicas. Tu voz pasión es caramelo tranquilizador que me envuelve en un aire monótono y llama al sueño. Me duermo mientras la mente cabalga en la constancia de ese sonido.

Floto en tibieza recogida. Medito mientras puedo. Me preparo para mucho y tal vez hables de eso. El trance es constante y absoluto y sólo me dejo llevar por el palpitar.

Estoy acá y allá. Todavía siento tanto por hacer de los dos lados. Soy mojarra de pecho y mi lengua disfruta cada grano de azúcar que llueve y rodea. Toda el agua se vuelve dulce y mi energía brota en capullos de piernas disparadas. Soy capuchón de mermelada, nado y como y me relamo.

Floto hoy, floto mañana, floto ayer. En mi ser traigo la carga de la pausa y la pesadez del desafío de tener que arrancar de nuevo para cerrar de nuevo. Me siento mujer en dos mujeres. Sé dónde estoy parada. Soy cristal naranja que flota al ritmo de dos motores. Hay algo del futuro que me busca desde siempre. Hay algo que debe ser concretado. Hay amor y hay lágrimas tragadas y nunca vistas. Hay una historia de campo y árboles en soledad que se funde y me invita a la unión. Hay una niña mujer que propone una vida festiva e insaciable. Hay en el aire pretensión de perfección y desazón con el conformismo.

Levito en el limbo de la espera sin apuro, de la espera sin espera, del estar sin tiempo, del estar en equilibrio con el cambio, del cuerpo entero, repleto, expansivo. Levito feliz en el mar del nido, en la pompa tibia de contención, en el abrazo eterno, en la comunión infinita, en el paraíso del pasaje.

Lujo

Ser sapo y ser rey. Verte sonreír mientras dormís. Hisoparme hasta saciar la picazón o en su defecto hasta generarla. Estornudar: esa carcajada inesperada de chupetines. Comer lo que se me antoja. Mojar-me sólo un poco con la lluvia, que mi espalda se vuelva felpudo de tu mano, bañarme cada dos días para no perder el tiempo, que me ofrezcan mate amargo ancho y recién hecho, que se rían con mis versos, escuchar esa canción que prende y calma la ansiedad, los mensajes de texto que no son publicidad, mantener a raya las inquietantes cutículas, un masaje profesional, la cocina de la amistad, la riesgosa conquista.

Saltar a la cama con sábanas recién lavadas, un día libre de regalo, una dedicatoria en un libro, el beso de la estrella, el abrazo de la Carne De Mi Carne, verlos jugar juntos, conectar gente, mi fina computadora, Pilates dos veces por semana si no me duermo, ¡dormir una noche de corrido!

Andar en calzones por la casa, limpiar mientras escucho buena música, cepillarme los dientes, elegir la primera porción de la pizza, disfrutar de los hijos ajenos. El sexo inesperado, el halago estratégico, el desayuno ritual, un mail de alguien que admiro, ser atrapada por un libro, la charla en el bar, el cigarrillo a la noche en el patio.

La ventana, los fragmentos que valen la pera del olmo, los pedazos que hacen que la espera no sea espera sino transcurrir amable y amigable, la vanguardia cotidiana, la libertad escapada, las revolucioncitas de placer, el lujo de los días.

Inconclusa

Corro atando cabos y rabos de historias que no me pertenecen. Afilo la superficie rastreando coherencias que a veces no existen. Re-tuerzo mi ser escarbando lógicas inconexas y persistentes. Me desvivo y desovillo buscando la cuarta pata del gato. Malditas patas impares.

Escapo recorriendo huecos que ignoro cuánto pesan e insisto en medir. ¿Hasta dónde llega, hasta dónde llegás, hasta dónde hay que llegar? La idiotez paramétrica que conmueve mis días. Por supuesto que no puedo vivir con las dudas que tengo. La angustia nada libre en mi casa cuerpo mente familia. Y nada expansiva la insatisfacción por la relatividad crónica.

Hay un choque de ruidos permanente que no me deja vivir tranquila. Los persigo para ahogarlos pero siguen campantes, cantando horrible. Nada es cerrado ni finito ni encastrable. Nada es, o mejor dicho, la nada es. Es ruido, es vagina, es pincelada eterna y degradable; es sueño tierno y queso y dulce, muchedumbre apilada en recital insoportable; es la enfermedad llamando a la puerta porque se separó de la cura.

Armo rompecabezas buscando los colores parecidos, las texturas de la foto, como me enseñó mi abuela. Recorro el tablero y faltan piezas, y

faltan parecidos, y no encajan, y quiero otras texturas y dónde están los colores y cómo uno lo que no se quiere unir, lo que no se puede unir. Y no lo uno, y me duele cada día. Y en cada rutina aprendo a desarmarme para sobrevivir a la decepción de que nada es, de que la nada es.

Choco con los recortes y cortes que no puedo prever. Me zambullo y buceo y rastreo y no encuentro el número de palitos que arrojaron al agua. Cuento y recuento y miro y no veo y no levanto y no tengo más aire y tengo que salir y no me dan las cuentas. No puedo respirar, cuesta y me agito, y no me dan las cuentas. Y no cumplo la misión. Y me tengo que ir y el rompecabezas sin armar y la pileta sin llenar y los palitos sin tirar y no me dan las cuentas. No me cuadra el objetivo, no me nada la nada, no encuentro la textura, ni el color, ni los ojos del tigre, ni la nube que completa la nube, ni la pieza rara que encaja con la pieza rara. Y no me enseñaron, y no aprendí, a qué hacer con la nada, esa nada enroscada, encubierta, incompleta, que no reúne, que conflictúa, perdura, revuelve con la diferencia y carcome los días, siempre inconexos.

Lástima que me preocupo, lástima que debo seguir, lástima que hago como si no, lástima que trago los palos que faltan, las piezas que no encajan, los pelos de perro en la comida. A hacer como si nada y a silbar para disimular tamaña insatisfacción galopante de partes que no se encuentran y que, sospecho, nunca lo harán. Matemos la cucaracha y hagamos como si acá no hay, como si no es la regla general. La regla general es que no hay regla que contemple las contradicciones de nuestros principios organizadores de generalidades. Qué esfuerzo hay que hacer para disimular los días y las calamidades y barrer las pezuñas de elefante bajo la alfombra. Qué sed inagotable y traumática de conclusión, de comunión; de muerte creo, al fin y al cabo y al rabo.

Fantasy

Todo muy lindo hasta que la línea punteada empieza a engordar; hasta que un lápiz hábil teje entre punto y punto cada vez con más presión. Todo muy lindo hasta que ponemos a lavar la fantasía y, cuando la vamos a colgar con los broches que el azar ha regalado, nos damos cuenta de que de los puntos ya queda poco y que el lápiz apretó tanto que se ve del otro lado. Y ya la fantasía está penetrada, traspasada, rotita.

Lo peor viene en el próximo intento de lavado, cuando ya tenemos la certeza de que la fantasía nunca va a quedar limpia ni nueva ni desmanchada y lo hacemos igual, y es lavar o reventar.

Y reventamos. Ya el lápiz se volvió agresivo y atravesó la superficie y la virgen ya será atravesada por el ímpetu de una fantasía en edad de atravesar.

Todo muy lindo hasta que el cuerpo comienza a hablar y tenemos a la susodicha ahí colgadita con los broches que le tocaron –tampoco queremos que un viento se la lleve o la revuelque y la ensucie más, si nos da tanto placer-.

Crujen los ojos y vomita el ombligo y las uñas comienzan a segregarse líquido ansioso. Es ahí cuando el aire comienza a pesar y asfixia y la

virgen rajada y los broches que ya elegimos y la fantasía hecha carne, con todo el peso que requiere una fantasía en estado sólido.

Y yo, herida por la mancha que se desparrama como petróleo en el mar. Y ella, herida. Diamante, intocable, tan escondida y activa. Tan recogijante e impiadosa. Tan culpable y cagona. Ahí tirada, con su collar de perlas y su perfume dorado. Siempre diva de la soledad, fantasía amiga. Siempre disponible y refinada, moldeada a los antojos y detalles más perversos e ingenuos.

Sin embargo. Nunca me interesó conocerla porque la creo en cada pestañeo, en cada viaje, en cada rato dedicado al ocio y al placer. Detesto su realidad, la mato, la inflo, la inflo hasta desfigurarla y ablandarla, y ahí sí, la manoseo como plastilina a mis antojos, caprichos y deseos oscuros. Así, sangrando, la violo igual. Casi pienso que así me gusta más. Con dolor.

Sin embargo el verdadero dolor. El dolor que primero tememos. Sólo en mis sueños la verdad se revienta contra la mesa, la mancha chorrea y los broches de mala calidad se quiebran como huesos con osteoporosis avanzada. Y cómo se rearma un broche. Que alguien me explique. En dónde va el resorte, qué duendes sostienen semejante sistema.

Qué hacer con tantos broches rotos. Y el sueño, ese maldito confesor, esa profecía contra la cara, ese golpe de piedra y plomo que nadie puede esquivar. El verdadero agujero, el punto traspasado, la tela licuada, perdiéndose en el remolino del cruel caos.

Y como siempre hay algo peor, nos queda el recuerdo. Ese enano empecinado en gritar a los ojos.

Entonces despierto y recuerdo todos los cuerpos en que encarnó, todas las pieles y los perfumes que deseé, todos los diamantes acogedores que también me desearon, pero después la alarma comienza a rebotar en mi cabeza, y rebota y rebota y rebota, y recuerdo un hermoso rostro de pura luz y sorpresa y me dirijo a él y le digo *Chau reina* le digo, y me recorre un miedo frío y fuerte, porque el miedo real se toca cuando en algún lugar de nuestras paredes lo deseamos; y caigo como en una secuencia de fichas de dominó mal colocadas, y caigo, y me doy cuenta de que todo es un espejo.

Otros títulos de Eulp

Desplazamientos

Viajes, exilio y dictadura

Adrián Ferrero

Saigón

Historias de medio mundo

Lulú Fernández

Vivir con virus

Relatos de la vida cotidiana

Marta Dillon

Despojos

Teatro, identidad y memoria

Roxana Aramburú

Carnívora

Fernanda García Lao

Paloma Sánchez inventa con soltura una voz con la impunidad de una primera persona encendida. Este libro se ocupa del tiempo, del cuerpo y de la muerte. Pero sin grandilocuencia. En lo doméstico, en el instante, encuentra su territorio de imágenes dislocadas y su fraseo inmarcesible.

Fernanda García Lao

Hace rato es el tiempo de las plebeyas. Una revolución cuyas armas son las palabras y el reverso de las palabras, la reversión, el revoleo, que no el revisionismo, no es lo mismo renovado lo que vive, lo que hay es una nueva autoridad, una que no necesita. Ni títulos, ni propietarios.

Paloma Sánchez se pone ahí con las muchas otras, en esa trama que por fortuna parece cada vez más y más urdida, con enojo y con ganas de una nueva vitalidad, en la plaza pública de la reflexión y también del impropio.

Julián López

